Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

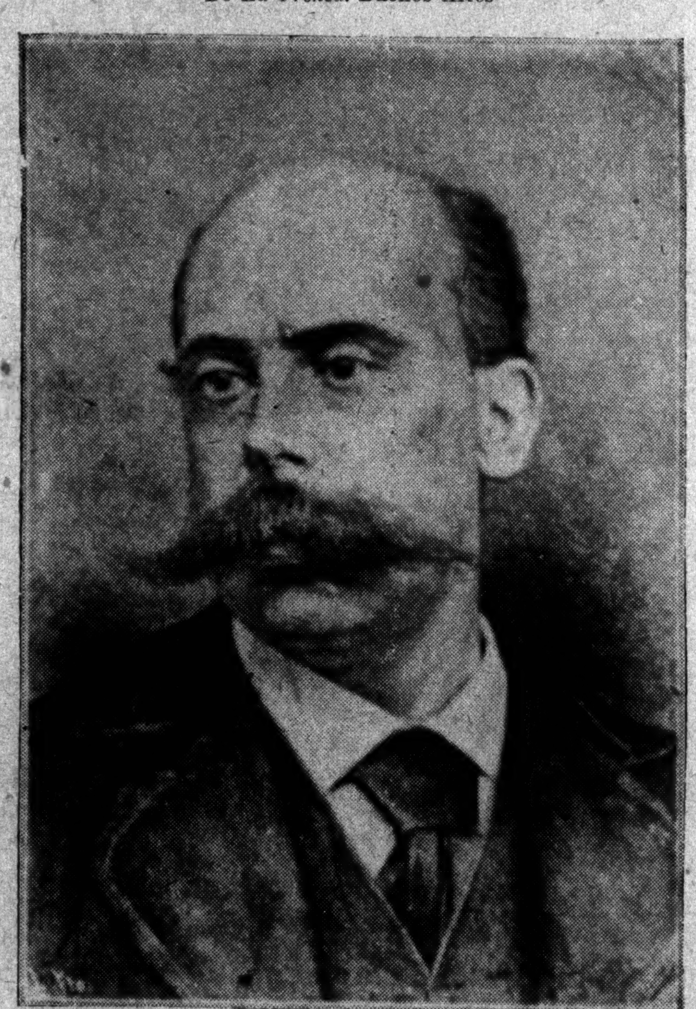
Tomo XVIII | San José, Costa Rica **1929** Sábado 18 de Mayo | Núm. 19

SUMARIO

Castelar y América

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

He hecho en España, modestamente, la indicación de que, con motivo de la exposición hispanoamericana de Sevilla, debiera honrarse la memoria de Emilio Castelar. ¿Quién más merecedor de este homenaje que el gran orador demócrata? Hay especiales motivos para que ese acto de justicia y de cultura se realice. Y se realice por España y por las naciones americanas. Expondré algunos de esos motivos, los principales. Y comenzaré diciendo que España, desde los tiempos de Castelar, ha adelantado prodigiosamente. Lo ha hecho en el sentido, precisamente, en que tenía Castelar polarizada su sensibilidad. España, a lo largo de los últimos treinta años, ha ganado en prestigio, ante el mundo, considerablemente. Y puesto que todos los valores intelectuales de España han subido—poesía, novela, elocuencia, pintura, arqueología, etcétera—justo es que hagamos constar, de un modo simpático, discreto, en unión de los pueblos americanos, el esplendor y la vitalidad de la obra de Castelar, de una de las obras españolas más humanas, más gratas, más fecundas, más bellas. Basta repasar la bibliografía de los últimos treinta años, referente a las creaciones artísticas de España, en lo pasado, para comprobar el interés que a nacionales y extranjeros inspira la tierra española. ¡Qué enorme cantidad de libros, folletos, de artículos de revista sobre pintura española, arquitectura, escultura, hierros, miniaturas, grabados, libros, cerámica, bordados, encajes, cueros repujados, tejidos! El cúmulo de libros sobre tales temas, publicados en los últimos treinta años, en España y fuera de España, atestigua, de un modo inequívoco, patente, el desarrollo esplendoroso del ambiente español. Desde 1841, en que, si no me es infiel la memoria, publicó Pi y Margall—al decir de su biógrafo Vera y González—su obra *La España pintoresca*, desde esa fecha hasta el presente, ¡qué enorme bibliografía de viajes por España! Castelar ha exaltado España en un período de depresión y de negación. Cuando todo era indiferencia para lo español, Castelar ha sentido, hasta lo más profundo de su ser, la belleza y encanto profundo de la tierra española. Su muerte coincide con el nacimiento de la vida intelectual de una generación de escritores —la llamada generación de 1898—que haciendo la crítica de España, provocaba su exaltación. De esa fecha, un poco arbitraria, data el conocimiento reflexivo, apasionado, de España. De esa fecha proviene la irrupción —de un modo deliberado—del paisaje y de los pueblos españoles en el arte literario de España. Pero, naturalmente, nada se improvisa en la vida; nada es efecto sin causa. Los «españolistas» de 1898 tienen sus predecesores; uno de ellos es Castelar. Castelar ha sentido líricamente, con lirismo grandioso, el paisaje español. El paisaje y la historia. Pueden citarse como ejemplo las soberbias páginas dedicadas al valle de Elda, maravilla de paisaje levantino—donde trascurrió la infancia del orador—y las páginas consagradas a Granada. Y si el autor de estas líneas no fuera un enemigo irreductible del sangriento deporte taurino, diría que la más soberbia y exacta descripción de las corridas de toros la ha encontrado en la novela de Castelar titulada *Ricardo*.



Castelar

A un sentido hondo, lírico, de España, une Castelar un anhelo íntimo, profundo, por la libertad de América. El hispanoamericanismo se trasforma; de día en día se ve la trasformación que se opera en el concepto del tradicional acercamiento de España y de las naciones americanas. Sobre la idea de raza no podemos asentar esa hermandad; sobre el ideal político—tan contingente—tampoco podemos hacerlo gravitar; sobre la lengua, sí, podemos fundar un estrechamiento del espíritu y del corazón, por parte de España, por parte de América. Pero echemos a volar la imaginación; que el lector nos perdone; lo hacemos con toda clase de salvedades y miramientos. ¿Estamos seguros de que el idioma que se hable en las repúblicas americanas, dentro de un tiempo indefinido, será el mismo que se habla en España? El castellano de América ¿no seguirá su marcha propia, independiente de España, como sigue su marcha propia la sensibilidad americana toda? ¿Y qué es el lenguaje sino una traducción de la sensibilidad? Al consignar en un léxico español los términos y voces privativos de América, yo creo—lo digo con toda clase de respetos—yo creo que se hace una obra un poco infantil. Me parece ver, pintorescamente, unas manos, solícitas, sí, amorosas, sí, pero que se empeñan en retener, en aprisionar, en una jaulita de oro, en compañía de unos pájaros, nativos de esta tierra, otros pájaros que han nacido en otros climas y que sienten ansias de volar bajo otros cielos. Dejémoslos volar, correr por el cielo, perderse en los inmensos horizontes. Las lenguas tienen su marcha irreprimible. Las lenguas son un corolario de las emociones, los afectos, los sentimientos, las sensaciones de los pueblos y de las razas. Dentro de dos siglos, de tres, de cuatro, de los que queráis, ¿quién podrá asegurar que el idioma que se hable en Buenos Aires, por ejemplo, partido del punto inicial del español de Castilla, de Burgos, de Avila, de León, allá en lo pretérito, será el mismo idioma que se hable en Madrid?

De todos modos, ese punto de partida del idioma—aparte de la realidad actual, patente, tangible—; ese punto de partida del idioma basta para volver la vista, con gratitud, con cariño, por parte de América, por parte de España, hacia quien con más ímpetu, con más elocuencia, con más musicalidad, ha en-

sanchado ese molde común de las sensibilidades en España y en las naciones americanas. Gratitud debemos todos, españoles y americanos, a Emilio Castelar. Pero el reconocimiento de unos y otros al gran orador puede asentarse en bases más sólidas. Castelar ha fundamentado su amor a América, su amor a España, en bases de justicia, de progreso, de tolerancia, de fina y alta espiritualidad.

Y esa sí que es estribación indestructible, irrecusable, para un acercamiento espiritual, emocional, de España y de las naciones americanas. La obra de Castelar está viva, palpitante. Repásense sus libros. Sobre todas las cuestiones vitales en Europa, en el mundo, se podrá encontrar en Castelar una página de viva y penetrante actualidad. Castelar ha visto certeramente, sin ambigüedades, con exactitud, por ejemplo, la política de los Estados Unidos, la cuestión de Alsacia y Lorena, la verdadera modalidad de la Alemania imperialista, el porvenir de Africa—y la posición de España respecto a Africa—, el problema de México, en tiempos de Napoleón III, la doctrina de Monroe...

Detengámonos un momento. La doctrina de Monroe, sí. Se habla mucho de ella hoy en España; se la examina en Francia. Se impone a la consideración en muchas repúblicas americanas. Asunto vital, capital, es este para Europa y América. ¿Cómo interpretar la doctrina famosa de Monroe? ¿De qué modo ha nacido esta inquietante y desasosegadora docdoctrina? Abramos el libro de Castelar *Las guerras de América y Egipto*, libro publicado en Madrid en 1883. Las páginas dedicadas por Castelar al examen de la doctrina de Monroe nos parecen definitivas. El autor, en un estudio titulado *Política hispanoamericana*, protesta contra las ingerencias de los Estados Unidos en las «repúblicas españolas». Y añade lo siguiente, que el lector nos perdonará que citemos por extenso:

«La doctrina de Monroe, sin embargo, ni tiene ahora nada que ver con los proyectos del gobierno de Wáshington, ni puede prestarse a consecuencias tan lejanas del día de su aparición y tan opuestas a su intrínseco sentido. El mensaje donde Monroe proclamaba el principio de «América para los americanos», leíase al Congreso Federal en el terrible año de 1823.

»El combate de los griegos por su independencia embargaba de glorioso entusiasmo al pueblo ilustre, que aun tenía frescos los laureles de su guerra, y vivos algunos de sus héroes; y la intervención infame de la Santa Alianza en España, para matar el régimen moderno y las libertades públicas, debía entristecer a quienes, por muy sajones que sean, jamás olvidarán a la nación que descubrió su continente y cuyas libertades les interesan después de las propias libertades, sobre todas, por el enlace de las raíces de su historia con nuestra propia historia. La intervención del extranjero en España se había verificado a la sombra de una liga europea, presidida por los emperadores del Norte. Y los Estados Unidos temían, con fundamento, que la reacción del Viejo Mundo intentase dominar al nuevo, llevando la sombra de sus nefastos principios y los pliegues de su triste sudario a los nacientes pueblos, recién asentados en su frágil y combatida independencia. La llamada doctrina de Monroe, cuyos cánones principales se hallan reunidos en el mensaje de 1823, no es una doctrina de intervención del gran pueblo en los demás pueblos americanos; es una doctrina de libertad y de independencia, que defiende contra la enorme unión de los déspotas, victoriosos, por desgracia, en la España liberal y democrática, el principio sagrado de la autonomía y de la independencia nacional. Sirven las frases de Monroe casualmente para todo lo contrario de aquello a que las aplican los sajones exagerados; sirven para defender el gobierno, en los Estados españoles, de toda ingerencia extranjera. No existe ni puede existir hoy en Europa gabinete alguno tan demente que trate de combatir la independencia americana y de ingerirse por algún camino en el gobierno de aquellas naciones tan justamente celosas de sus sagrados derechos. La intervención malaventurada de México; la guerra de nuestra España con Chile y el Perú; la imprudente reincorporación de Santo Domingo; los procelosos conflictos del gobierno inglés con el gobierno americano durante la última guerra; todos estos hechos capitales convergen a la seguridad de todos los Estados del Nuevo Mundo completamente libres de dominación europea, con lo cual no sueñan ya en el viejo continente ni los más empedernidos reaccionarios. Hace algunos lustros, el poder de los ultramontanos en México; las veleidades imperiales de los Santanas; las dictaduras teocráticas de los Morenos; el jesuitismo poderoso en Guatemala y el Ecuador; la seguridad de una crisis tremenda en los Estados Unidos por causa de la servidumbre; el régimen absolutista y la infame trata negrera en las Antillas españolas, todas estas concausas sostenían a los reyes europeos en sus maquinaciones para implantar una reacción monárquica en el continente de la libertad y de la república. Pero tantas sombras se han desvanecido, y el régimen monárquico, debilitado en Europa, no trata, no, de implantarse ya en el seno de América. Pero si alguna veleidad pudiera sobrevenir aquí, fomentaríala de seguro un movimiento de la gran república del Norte amenazando a la libertad de las demás repúblicas. He ahí, pues, el verdadero peligro».

Todo el estudio dedicado por Castelar a la doctrina de Monroe, merecería ser citado. No podemos hacerlo; baste con lo trascripto. ¿Y qué mejor homenaje a la memoria del tribuno, homenaje de españoles y americanos, que la edición, en forma limpia y elegante, de esas páginas y otras análogas de Castelar, que habrían de distribuirse por millares, gratuitamente, en la exposición hispanoamericana de Sevilla?

Azorín

Madrid, 1929.

La hazaña

1

Eranse todos amigos desde la juventud y se hablaban sin recelo: el pintor, el poeta, el escritor, el músico... Recontaban sus hazañas de amor: el pintor las suyas, como travesuras de muchacho; las del músico tenían muy otra malicia; las del poeta, las que provocaban a risa a todos y a él mismo. El arquitecto callaba, escuchando sonriente en su barba rubia-gris descuidada, con sus ojos color de violeta en la faz tan pálida.

—Y tú, ¿qué puedes contar de eso? Nada! — le dijo bruscamente, después de un largo silencio de todos, el pintor, sacudiéndole el hombro con cariñosa violencia, porque le quería mucho.—Ahí le tenéis... siempre un ermitaño! — añadió con ademán de presentarlo burlescamente a los demás, como si no le conocieran.—¿Qué sabe él de esas cosas, ni qué le importan?—continuó—¿ni cómo tienes paciencia para escucharnos?— concluyó, volviéndose otra vez a él, con los brazos abiertos en cómica admiración y dejándolos caer luego a lo largo del cuerpo.

—Pues ¿no he de tener paciencia en escuchar, si yo también puedo contar?

—¿Quién, tú?—El pintor estalló en una carcajada que llenó la casa; y después quedó mirándole con ojos de lástima, enternecido, como si el otro fuera un niño de cuatro años.—¿Tú?—repitió dulcemente, desafiándole.— ¡Cuenta, a ver!

Todos se incorporaron en sus asientos para mejor atender. Él permaneció como hundido en su sillón, sonriendo, acariciando su barba de oro y plata, con un gesto que le era familiar, encantados sus ojos de violeta en la faz tan pálida.

—Pues, una vez—empezó con voz apagada como por un pedal celeste—una vez... que hice un viaje... hube de pasar muy cerca de aquel lugar donde yo sabía que vivía una joven que yo había conocido... Esto había sido unos dos años antes, en casa de unos amigos donde ella estaba de temporada... Era extranjera y estaba a punto de casarse con un joven de su país que había tenido que ir a América a liquidar una herencia... y ella aguardaba aquí su vuelta. Era muy linda y muy inteligente... y yo me enamoré de ella. Pero, claro está, ella prometida ya, el novio ausente... hubiera sido una villanía. Además, era mucho más joven que yo... Sin embargo, me cobró alguna afición; gustaba mucho de hablar conmigo, porque era un espíritu sediento de ideal, y entraba en la vida con una gran curiosidad por las cosas bellas. Y así hablábamos muchas veces de las de mi arte, que ella podía comprender; y las sentía tan bien, y me sentía yo tan comprendido por ella, que cuando le hablaba de estas cosas, mi palabra se inflamaba y embellecía por sí sola... Y ella me escuchaba afanosa, sin disimular en nada el deleite que oírme hablar le daba... Porque era una criatura ingenua y buena, que en nada había mal para ella: así se asomaba curiosa a mi corazón, como un niño al agua para verse dentro, pero sin asombro de doblez ni coquetería. Bien le diría su instinto de bondad que nada había de temer de mí. Así se abandonaba escuchándome, y no escondía su placer... Me acuerdo que un día en que habíamos conversado más largamente que de costumbre, y yo con tal inspiración de mi palabra que ni yo mismo la podía conocer por mía, se nos acercó su madre para advertirla que era hora de retirarse; y ella se levantó toda encendida y se abrazó a su madre con gran efusión, diciendo :—¡Ay madre, la hora que he pasado!—Vamos, vamos—repuso la señora—ve a retirarte: estás fatigada...—Y al día siguiente, resolvieron marcharse... Yo lo supe, pero no tuve valor para ir a despedirlas; sino que a la hora de la mar-

cha estaba en mi casa tendido en la cama y como muerto...

Pero, en fin, a los dos o tres años de todo esto hube de hacer un viaje... y en aquel viaje me encontré muy cerca de la pequeña ciudad donde ella vivía. He de decir que en aquellos dos o tres años ella había estado presente en mi pensamiento todos los días, y todas las horas de cada día; de modo, que lo demás que yo pensaba no hacía sino pasar como las nubes por delante del sol, que siempre queda, y aunque no siempre brille descubierto, trasparenta e ilumina todas las cosas. Así su imagen, así mi amor, estaba inmóvil en un perpetuo mediodía...

Pues, encontrándome tan cerca de su ciudad, quise ir allá: no para ver a ella y hablarla (que no me sentía con valor para tanto), sino para vivir un día allí donde ella vivía siempre; para llevar en mi pecho el aroma de los aires que ella respiraba, y en mis ojos, la visión que era familiar a los suyos. Y ¿quién sabe?, tal vez a ella misma vería... de lejos... sin que ella me viera... y renovaría en mi espíritu la realidad de su imagen; y nada más quería.

Así, pues, cuando llegué al lugar donde quise desviarme de mi itinerario conocido, escribí a mi madre avisándole mi llegada y anunciándole mi marcha para el siguiente día, sin decirle una palabra del misterioso rodeo de veinticuatro horas, que emprendí en seguida...

Al pedir billete para aquel punto se me encendió el rostro, como si con ello fuera a descubrir mi ensueño; y al arrancar el tren, sentí independencia inefable. Nadie me sabía por aquel camino, y si en él me perdiera, nadie iría a buscarme por allí.

Era un misterioso paréntesis de mi vida, un maravilloso trasporte al cielo del ensueño. Yo ya no era allí el hijo de mis padres, ni el conocido de nadie, ni tenía nombre alguno; me sentía desligado de todos, y de mí mismo; me sentía como inmaterial, con una extraña ligereza de espíritu. Miraba y remiraba el billete del pasaje, y el nombre del sitio a donde iba me parecía el de un lugar celeste, fuera del mundo. Empecé a encontrar misteriosamente deleitosas las comarcas que la vía atravesaba; veía en ellas una sobrenatural belleza, y me admiraba observar en mis desconocidos compañeros de viaje una expresión de indiferencia. ¡Y quizás eran vecinos de aquella ciudad! ¡Quizás conocían a ella y podían verla a cada momento, y sin embargo, vivían tan indiferentes!... Pero... ¡ah!, no, no... aunque ellos no lo supieran, yo veía reflejada una cierta beatitud en sus rostros.

A medida que nos íbamos acercando al dicho lugar, la misteriosa belleza del país iba aumentando aún, a mis ojos, de modo que yo empezaba a desfallecer; y me entró un gran temor de no poder resistir la dicha de sentirme tan cerca de ella. ¡Si la encontrara de pronto delante de mí al volver de una esquina! ¿qué le diría? ¿ni qué otra cosa podría hacer sino caer sin sentido?

Cuando oí silbar la máquina y entrar el tren en agujas, un terror me invadió. Como visión de fiebre, por las ventanillas del vagón empezaron a girar grupos de casas en pendiente hacia una altura, con sus ventanas encendidas por el sol poniente y coronadas de puntiagudos tejados y algunos campanarios. Abajo, en el fondo, pasaba un río.

Ya en el andén mis pasos temblaban... Tanto soñar con ella, tanto tiempo... y ahora... estaba allí!. Procuré apartar ese pensamiento; pero ya al salir por el otro lado de la estación el corazón me dió un salto: por la explanada que quedaba delante vi cruzar una pareja, un matrimonio, con un niño muy pequeño vestido de blanco: los padres llevaban luto. Cruzaban muy aprisa. Detuviéronse un momento. El padre se inclinó a coger la criatura y se la puso en brazos; y siguieron su marcha apresurada. Ella tenía un cierto aire...: el velo del sombrero quedaba un poco atrás flotando al viento; pero pasaban tan lejos...

Después me encontré metido en un coche de fonda que traqueteaba con gran estrépito sobre el empedrado de una calle ancha toda soleada de un lado, en la que había muchos almacenes, y tiendas de comidas y bebidas, y grandes depósitos de maderas: pasaban pequeños carruajes muy ligeros entre pesadas carretas de bueyes muy cargadas. De pronto mi coche corrió liso y silencioso por un ancho puente sobre un gran río; pero enseguida volvió el traqueteo ensordecedor, girando bruscamente el carruaje hacia una cuesta muy empinada que los caballos habían de subir al galope. La población se apretaba: las calles eran más estrechas, las casas más altas: la gente se apartaba subiéndose a las aceras, y miraban. Yo también miraba fuertemente a los transeuntes....! Todos se parecían a ella!

El carruaje se detuvo en una plaza triste, sombreada por grandes árboles; las casas tenían un matiz oscuro. La fonda era también café con un ancho toldo avanzando de la fachada, y mesitas en la acera. Enfrente había una iglesia blanca, de un frío gótico moderno. Bajo el espesor de los árboles un pequeño monumento, un busto de hombre sobre un pilar bajo, rodeado por una pequeña verja. Más allá se prolongaba la plaza continuando la cuesta más ancha y más empinada.

El cafetero-fondista, grueso, sucio, calmoso, cubierto con mugriento casquete, y echada al hombro una servilleta manchada, vino a abrir la portezuela, y con gran displicencia me condujo por una ancha escalera de madera oscura y aceitosa a un cuarto grande y sombrío con cama de pabellón. Dos jarros tristes, sin flores, sobre la chimenea una mesita en medio cubierta con un tapetito de ganchillo... un gran sillón marchito...

Así que quedé solo abrí la ventana. Vi delante una casa de buen aspecto, con escudo de Consulado en el balcón y el asta de la bandera... Quién sabe... en una población así los cónsules suelen ser personas significadas del lugar mismo... ¿Su padre?... ¿Su marido?... Por una ventana entreabierta se veían unos cortinajes... y dentro brillaba un espejo... Pasé la mano por los ojos... ¿Por qué debía ser allí... precisamente?

Salí... Anduve al azar. Vi unas murallas en una altura y un paseo de árboles que las bordeaba... y allí me encaminé. Eran murallas muy viejas, tostadas y comidas por el sol y el tiempo; y los árboles como decrépitos, carcomidos, pero todavía de espeso follaje muy menudo... De cuando en cuando un banco de piedra medio hundido por los años... Y todo esto enrojecido por el sol que se ponía ardiente y confuso tras una ligera neblina... Empezaban a caer las hojitas de los árboles... Y ni un alma en todo el paseo. Yo solo, arriba de él, caminando casi de puntillas, con una especie de temor sagrado...

El paseo iba ascendiendo siempre en caracol, pegado a la muralla. Ahora, a esta vuelta—pensaba yo—aparecerá ella con un niño de la mano, y quedará tan sorprendida! Yo le diré...—Y entonces ya no tenía ningún temor me hubiera sido tan dulce el encuentro, como si nos encontráramos por los caminos del cielo.

Iba subiendo. De pronto, en una de las vueltas, apareció a mis pies una inmensa llanura muy verde, y a lo lejos una gran cadena de montañas veladas a trechos por grandes fajas de niebla. Y me encontré junto a una iglesia, viejecita como las murallas, y al lado el cementerio, en lo más alto de la cuesta. Había allí el último banco de piedra, y quedé sentado en él no sé cuanto tiempo sin pensar en nada: sólo sentía un gran enternecimiento, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Pasó una niña pobre, que se detuvo un momento a mirarme. Se parecía mucho a ella. Oscurecía. Me levanté, y volví hacia abajo lentamente. A mis pies en la población iban apareciendo lucecitas. ¿Cuál sería la de su ventana? No lo preguntaría a nadie. Todas podían serlo. A medida que iba bajando, oía voces de las gentes que pasaban por las calles. Yo escuchaba por si reconocía su voz. Todas me lo parecían...

Volví a la fonda; negra noche. Un comedor triste, una comida triste con gente triste en la única mesa redonda. Un juez, creo; un marchante en ganados que, cenando, revolvía las hojas de un catálogo; dos o tres sombras más... Todos callaban, menos un joven, un viajante de comercio seguramente, que cada vez que la camarera pasaba con los platos, pellizcaba en sus carnes al azar. Ella palabreaba y reía, descarada: las sombras que comían silenciosas reían sordamente, moviendo la cabeza con indulgencia...

Después de la cena, salí, al azar también. Pasé un puente encima de un río que se oía correr muy caudaloso, pero no se veía. Después unas grandes luces eléctricas, blancas, me cegaron a la entrada de un parque solitario, húmedo, oscuro: sólo de cuando en cuando una gran mancha blanca de luz eléctrica. Más adentro, tocando a un estanque verdoso, inmóvil, un kiosko para orquesta. Pero aquella noche no había nada. Sólo al salir vi acercarse una comitiva de gente bien vestida, alegre, hombres y mujeres, riendo... Oí una risa como la suya... Me detuve, y oculto en la oscuridad dejé que pasaran... Cruzaron la gran mancha de luz... pero las caras no se distinguían bien...

Llegué a mi cuarto y, al ir a cerrar la ventana, vi en aquella casa de enfrente, una luz muy baja, y en la quietud de la noche oí un reloj de sobremesa tocar, finísimo, allá dentro muchas horas. Oh! sí, debía ser... Y me dormí dichoso de dormir tan cerca.

A la mañana me despertaron unas campanas de són bello y grave. Empezaba a clarear. Y pensando que ella, adormecida, oía aquel mismo són, volví a dormirme dulcemente como un niño.

Me levanté tarde. El tiempo estaba cubierto

y fresco. Salí, atravesando toda la ciudad. De cuando en cuando lloviznaba, y se oía tronar a lo lejos. Entré en una iglesia muy grande y quise imaginar a ella orando allí. Pero ¡qué extraño! así como la tarde antes me parecía haber de encontrarla, ¡ahora la sentía tan ausente...! Volví a la fonda paseando como un viajero fríamente curioso.

La comida fué tan triste como la cena anterior; más. Empezó a llover a fuertes chubascos intermitentes. Después de comer salí a sentarme bajo el toldo del café. El fondista hablaba lánguidamente con unos cuantos parroquianos, los únicos que había. Un mozo jugaba con un perro adiestrándole en hacer cosas raras, inútiles. La plaza estaba desierta. De cuando en cuando pasaba una persona con el paraguas abierto, goteando. Me entró una tristeza! Me sentía tan lejos de ella como cuando estaba en mi casa; tal vez más...

Acercábase la hora de mi marcha. Engancharon los caballos. Abatido entré en el carruaje, que echó a andar. Por la portezuela ví aún al mozo adiestrando al perro, y al fondista que abría el paraguas y, cachazudo, se iba con uno de los parroquianos.

Subí al tren. Estaba sólo en el vagón. Entre dos chubascos salió el sol, y al otro lado de la vía vi brillar blanca, elegante, una bella quinta entre el húmedo verdor de un parque. Desde la ventanilla pregunté a un mozo que estaba sólo en aquel andén (que era el del lado opuesto a la población):— Qué edificio es aquél?—Es la nueva casa del señor ***, que se casó el año pasado, a su vuelta de América....

Una oleada de sangre me subió al rostro. Mis ojos se enturbiaron.... Silbó la máquina y el tren arrancó lentamente. Extendí los brazos hacia la casa que brillaba al sol entre el húmedo verdor....¡Misericordia!... Y en una galería ví aparecer una figura vestida de blanco, pero una blancura deslumbrante, al sol... El tren entró súbitamente en un desmonte, y yo caí sobre los cojines del vagón, sollozando como un niño. He aquí mi hazaña...

El arquitecto se alzó transfigurado, erguido, la cara extrañamente sonrosada y, sus ojos violáceos centelleaban. Parecía un joven de veinte años... Y salió aprisa del salón, como avergonzado. Pero los que le habían escuchado miraron un rato en silencio hacia la puerta, como si hubiera quedado allí un resplandor...

2

—Ahora veo claro lo que no habría visto en la vida—exclamó el joven ayudante del ausente, el discípulo predilecto (y su cabeza pálida, coronada de rizos negros, surgió de pronto del oscuro rincón donde todo lo había oído, de todos ignorado u olvidado)—; ahora conozco de donde le viene a la obra de este hombre esa extraña virtud que todos sienten en ella y no se explican. Desde los más torpes, que ante esas construcciones fantásticas mueven la cabeza sin saber qué decir, hasta los detractores más ilustres que en la Facultad tiene, los cuales os explicarán el cómo y el por qué no ha sido ni puede ser nunca llamada arquitectura esa colosal floración de piedra que vemos alzarse misteriosamente por aquí o por allá de la ciudad, maravillándola y transformándola poco a poco; todos, unos y otros, experimentan, ante eso mismo que no comprenden o critican, una sensación de ser dominados; sienten actuar sobre ellos una fuerza fecunda que les penetra y les remueve, no obstante la incomprensión y la censura. Y, ahora lo veo, esto viene de que es una cosa viva la obra de este hombre; de que su trabajo está animado de un principio activo, de algo que palpita y quiere: del amor, en un palabra; pero de un amor vivo también, es decir: concreto y personal, aunque sublimado y transformándose en creación artística. Oh, sí, sí, ahora lo veo; en la obra de este hombre circula la sangre, y este es su poder: toda ella no es sino una imagen de la mujer tan altamente amada; y si no vemos sus facciones mismas en cada muro, en cada ventana, en cada cornisa, es solamente porque nuestros ojos no ven aún las cosas más que hasta cierto punto. Pero ella está ahí, ella está dentro de todas esas cosas, su presencia se siente en ellas, puede decirse que son ella misma. Porque, el amor, ¿qué es sino un afán de creación? Pues este hombre en la madurez de una vida casta y contemplativa es tocado por el fuego de un amor, quizás el primero y el último. El primero y el último, el único en un hombre como él... y además bien correspondido! Sí; porque ¿no la veis aquella criatura fascinada por la mirada encendida y pura de ese niño de cabellos grises? ¿Y qué podía hacer él, sin embargo? No por cierto romper traidoramente la boda ya con otro concertada; ni ¿para qué, si una posesión espiritual le bastaba? Pero ¿cómo apagará esa sed? Ha de vivir lejos de la amada. ¿Procurará una correspondencia escrita a espaldas del futuro marido? Eso sería echar una sombra sobre la serenidad de su inocencia: ella ya no parecería ella misma. ¿Pondrá lealmente al otro de medianero en la relación sublime? No hay marido, por alto que sienta, capaz de tolerarlo. ¿Se contentará con verla y hablarla alguna vez, en ocasión semejante a la que se le dió a conocer? Esto, para posesión espiritual, es poco; es demasiado ante la gente, tratándose de dos criaturas incapaces de disimular la viveza de sus sentimientos. ¿Qué habrá, pues, de hacer? ¿Buscar el olvido? ¡Oh, no!; no cegará la fuente de vida espiritual más clara y abundosa que ha brotado de la plenitud de su sér; ni tampoco perturbará la paz de una pareja que tan feliz puede ser de otra manera. Ella es tan joven que olvidará fácilmente; pero él no olvidará, no, al contrario, avivará la llama, para consumirse quizás en ella, pero echando luz. Hará de su recuerdo el alma de toda su obra, y una vez más el amor creará de uno u otro modo. Si él hubiese sido un pintor habría pintado por siempre más la imagen de ella de mil maneras distintas; si fuese músico, el canto y la armonía brotarían variantes del tema único; si poeta, diría su amor en palabras inmortales... Es constructor, pues los edificios serán los que hablen de ella, serán los templos, los jardines, los palacios. Lanzará los arcos y las bóvedas con la gracia de cobijarla, y cada portal como si ella hubiera de entrar, y en cada ventana la verá asomada, y quieta dentro de cada estancia, y dormida en la más recóndita... El templo será levantado pensando en su oración de rodillas, y los jardines planeados en la vagancia de sus pasos, y la glorieta para dar paz deleitosa a su reposo y a sus ensueños. Y así habrá pronto toda una ciudad que vivirá sin saberlo bajo el hechizo de aquella mujer amada. Y los fieles, postrados bajo las sagradas bóvedas, y los ricos en el goce de su lujo, y los pobres al abrigo de un techo humilde, vivirán en la gracia de aquella mujer espiritualmente tan fecunda por obra de un tal amor... Y ella, entretanto, ni memoria guardará quizás de aquel hombre que le hizo exclamar en pureza:—¡Ay, madre, la hora que he pasado...!—: vivirá tranquila y sonriente, sin saber nada... Y la más sutil delicia de este hombre, mientras consume su vida en la fiebre creadora que esa mujer le daba, será la conciencia de que ella para nada se acuerda ya de él ni sufre ardor alguno del fuego que encendió y tanto devora. ¡Oh, refinado deleite de un tal martirio! ¿Veisla ya la fuerza de este hombre en su obra? ¿No comprendéis también ahora la misteriosa atracción de su persona misma? ¿su sonrisa triste y alegre a un mismo tiempo? ¿su mirada ardiente y suave? ¿su palabra conmovida y serena? Él nos atrae ciertamente como un creador y como un mártir...

—Y ¿para qué este martirio?—exclamó indignado el músico—. ¿Para qué este sacrificio? ¿Por qué no ha de saberlo todo ella? Ella tiene derecho a saberlo; él tiene el deber de hacérselo saber. ¿No es un dolor que esta mujer olvide el paso de un tal amor, único seguramente en su vida? ¿qué no sepa a qué ha venido el sublime sacrificio y la gran obra? En una mujer de tal espíritu ¡cómo resplandecería la conciencia de un amor tal! ¡cómo lo agradecería y cómo lo correspondería inflamando la inspiración del artista con la virtud de su palabra ingenua! Entonces la obra sería aún más grande, más perfecta, más serena. Porque el arte de ese hombre es atormentado ahora: mas la buena palabra de ella ¡qué corona de paz pondría en todos esos extraños edificios! ¡Ah, no me vengáis a mí con teorías de renuncia y sacrificio, ni con la eficacia del dolor! El dolor es eficaz cuando no hay más remedio y se tiene fuerza para resistirlo y vencerlo; pero si todos pudiésemos vivir en beatitud, otras serían nuestras obras. Es necesario que esa mujer sepa lo que pasa. Quién sabe si ella se acuerda también de su austero enamorado, y suspira por aquel amor que adivinó, y piensa que él es quien lo ha olvidado; que él fué el ligero, el frívolo; él,

De la filosofía de Vicente Cochocho

—¿Por qué hay guayabas verdes y guayabas amarillas, Vicente, ah?

—¿Por qué las culebras pican, ¿ah?, Vicente, y las anguilas no?

—¿Por qué los gallos saben pelear, Vicente, ¿ah?, y no saben poner huevos como las gallinas?

—¿Por qué, Vicente Cochocho, topocho, rechocho, bigoticos de cucaracha, tú no tienes tu casa de teja como los medianeros, ¿ah?

Para dar la razón de tanta cosa, Vicente impregnaba sus respuestas en la hermosa filosofía de la resignación. De las anguilas decía:

—Porque ellas son buenas y se defienden resbalándose sin maltratar a nadie, por eso las buscan y se las comen. A las culebras le tienen rabia, pero ninguno sale a buscarlas. De puro malas que son, las respetan.

Del gallo decía:

—Porque su sino es de peleón y no le gusta oficio que no sea mandar en jefe. ¿No le ven el gobierno en la cresta?

Y de sí mismo:

—Porque nací para pobre. ¡Quien ha ha visto peón negro con casa de teja!

(Fragmento de la preciosa novela de **Teresa de la Parra:** Las memorias de Mamá Blanca. *París. 1929).*

que como hombre podía iniciar mejor cualquier forma de relación, el frío, el culpable de la muerte de un tal amor? Así puede pensar, ella y condolerse. Y él, entre tanto, todo lo sacrifica en el altar de un arte grande y desesperado. Esto es monstruoso, no puede ser. ¡Ella quiere saberlo, quiere saberlo, os digo! ¿No la imagináis la resurrección radiante de alegría de una mujer al saber una cosa así de ella misma ...?

—Sí—dijo el poeta—y yo creo que por fuerza ha de tener algún presentimiento de ello. No puede ser que un hombre arda en la soledad como una pira de amor por una mujer y que ella lo ignore absolutamente. Yo creo que así estuviera en la parte más lejana del mundo, una hora u otra tendría señal de lo que por amor de ella sucede. ¿Cómo? Yo no lo sé. Pero ¿no os ha sucedido alguna vez que desprevenidamente os ha invadido una oleada invisible de ternura, que, suspirando y alzando los ojos al cielo os habéis dicho:— ¡Dios mío! ¿qué es eso, esa inmotivada beatitud que siento?— Yo, cada vez que esto me pasa, juzgo que alguno en la tierra o en el cielo piensa muy bien de mí, y al través de la distancia... o de lo que sea, saludo sonriendo al alma hermana. Pues cuando un hombre ama como este amigo nuestro, en los momentos más altos de su amor, yo no puedo imaginar de la mujer amada sino que, por lejos y por olvidada que de él esté y en cualquiera atención retenida, súbitamente su mirada se extraviará en el vacío, refrenará el paso si está andando, quedará con la mano inmóvil, levantada sobre su quehacer, si lo tiene; una oleada de sangre subirá a su frente y a sus labios, brillarán sus ojos con brillo inusitado, su pecho subirá y bajará con más fuerza y más prisa unas cuantas veces, y al fin, una sonrisa de bienaventuranza moverá su boca suavemente...

—Sí; pero ¿sabrá de dónde le viene la misteriosa oleada?—interrumpió el músico sin poder contenerse—; ¿pensará siquiera que sea el amor quien de lejos se la envía? Y aun pareciéndole cosa de amor... oh...! quizás entonces crea que tal bienestar le proviene de los suspiros de cualquier cadete tronera, el que la miró con insistencia en el teatro el día antes, y que quizá a tales horas se halle entre mujeres mundanas. ¡Qué asco! No sé cómo podéis estar tan embebecidos en vuestras imaginaciones No, no os hagáis ilusiones: la ausencia no es sino vacío, enfriamiento y olvido. Nuestro amigo ha llenado este vacío de tal manera, con su genio y con su corazón, porque él es quien es, y también seguramente por el momento de su vida en que fué tocado de ese amor. Pero ella, ¡pobre criatura! ella no habrá podido sino obedecer a la naturaleza tal como todos la vemos obrar claramente. Si los dos hubieran seguido tratándose como empezaron, ella hubiera sido iluminada también por este amor, y en el mundo existiría una bella pasión más correspondida, y un corazón de mujer ennoblecido por esta correspondencia. Pero si el trato fué roto; si ella nada más supo de él; si años han pasado, ¿qué queréis que haya sucedido? A ella le dolería ciertamente alejarse, pensaría aún en él por algún tiempo, esperaría quizás disimuladas nuevas; pero después se casó, otro mundo ocupó su pensamiento. Tal vez de cuando en cuando se acordó aún dulcemente de el hombre de quien se sintiera en tan pocos días tan amada. Después ya... quién sabe si alguna vez al año acude a su memoria un recuerdo, cada vez más confuso, indiferente casi... Pero ¡que volvieran a encontrarse, que se vieran, que se hablaran, y las mismas fuerzas de atracción que obraron al conocerse volverían a obrar y de nuevo a enamorarlos! mas no sin hallarse a una proximidad suficiente...

—No—repuso el discípulo, pálido ya de excitación—; yo no creo que al maestro pudiera venirle bien alguno de la presencia formal de esta mujer; y hasta creo que esto le sería un mal. Ella está ya en él en plena trasfiguración. El amor ha sido ya creador: nada más quiere. Dejad ahora solamente que el hijo vaya creciendo, que el maestro vaya desplegando su obra y que la imagen de la mujer que la anima quede por siempre más puramente espiritual en ella como en la imaginación que la ha transfigurado. ¡Oh, qué choque brutal, inútil, funesto sería ya el encuentro de los dos enamorados ahora sublimes!...

—¡Oh, no, no!— prorrumpió casi gritando el bueno del pintor, que hasta entonces había estado escuchando a uno y a otro con la boca abierta y sin decir una palabra,— ¡no nos vayamos así al cielo en cuerpo y alma! ¡Lo que ahora veo—añadió cambiando de tono, triste, enternecido—lo que veo es cuánto ha debido sufrir!... ¡Pobre muchacho!

—¡Que sufra!—replicó el discípulo frenéticamente;—ese sufrir es nuestro gozar y el suyo también; un alto gozar incomparable con la grosera complacencia personal!...

—¿Qué es eso ya? ¡ea!—gritó el músico fuera de sí con voz de riña—. ¿A qué insistir en esas fantasías fúnebres? Pudiera yo juntarlos ahora mismo—y juntó fuertemente las manos, como cerrando brutalmente en ellas a la pareja—, ya veríamos cómo iban a rodar todas esas sutiles filosofías...

El escultor, que todo lo había oído quietamente, plegadas las manos sobre su grueso bastón, inmóviles sus rudas facciones, que parecían sólo desbastadas a grandes golpes de escarpa, los ojos hundidos como en dos profundas cavernas, levantó un poco el brazo sobriamente, y dijo con su voz cavernosa también, sin esforzarla:

—No, ni acercarles ni alejarles. Esas cosas sólo deben ser gobernadas por el azar, que es padre suyo. Todas las cosas del mundo son hijas o nietas del azar; pero así como las más humildes han de ponerse al servicio de las potencias y designios humanos, las más grandes y hermosas no quieren obedecer sino al padre; y si se las fuerza a otra obediencia, rebélanse y dañan, y matan si pueden, y si no degeneran, y decaen y pierden todo su encanto original, y mueren feas o mezquinas. Ved ahora a ese buen amigo nuestro ¡qué linda flor le abrió el azar en aquella casa amiga! ¡Por qué caminos, aparentemente comunes, pero de fondo tan misterioso y secreto, fueron a encontrarse aquellas dos naturalezas escogidas, como empujadas por invisible mano! Hubieran una y otra recorrido el mundo adrede buscándose, y no se hubieran encontrado. Y ahora, una vez brotada la flor de su amor, separadas por el rechazo mismo del encuentro, si volvieran a buscarse, o no se encontrarían, o si se encontraban, quedarían uno ante otro confusos y como avergonzados de haber sido traidores a la pureza del azar que los uniera, y sin saber qué empleo dar a la ocasión buscada; así quedaría roto el encanto y el amor moriría quizás desengañado o pervertido. Otra cosa hubiera sido de haberse encontrado uno y otro en situación de unirse para un fin, no puramente espiritual, sino inmediato a la vida práctica: un matrimonio, hijos, casa.

Entonces, para este objeto, le hubiera estado muy bien a él ir derechamente a buscar nuevas ocasiones de tratar con ella hasta hacerla suya del todo, y se hubiera ganado el éxito, porque estas cosas, según he dicho, el azar las da al trabajo de la voluntad y del intento humano. Pero aquellas primeras se mueven en otra esfera donde el azar quiere tomarlas y dejarlas, y volverlas a tomar y encaminarlas por sus caminos, de nosotros desconocidos, y donde nuestros designios estarían expuestos a extravíos o tremendas caídas. Y por esta misma razón los amantes de quienes hablamos tampoco deben huirse, sino mantener su pasión en pureza, dejándola dar sus espontáneos frutos en las corrientes naturales de una y otra vida, y si en ellas de por sí vuelven a encontrarse, sí es el mismo azar el que vuelve a reunirlos, ¡con qué inocente alegría volverán a verse y hablarse, qué nuevas flores en cada corazón y qué confianza en lo que sea a venir de ellas! Pero también si no vuelven a encontrarse ni a saber jamás uno de otro, entonces es bien seguro que la fidelidad que se habrán guardado en la ausencia echará flor de un celestial perfume, del que todos los jardines de la tierra no pueden dar siquiera una sospecha. ¡Oh, si cada uno de nosotros tuviera en su corazón una riqueza así inagotable y supiera adornar con ella su vida y sus obras, otra sería la suerte de la humanidad y más cercana se haría de su fin divino! Dejemos, pues, entretanto a esos dos amantes por los caminos del azar cogiendo las flores maravillosas que brotan en los márgenes, y separémonos, que ya el poniente inflamado nos anuncia el fin de este día, y es hora de que cada uno vaya a reemprender en la oscuridad y el reposo el camino de su ensueño....

Juan Maragall

(De *Renacimiento*. Madrid. Marzo de 1907.)

Gente chilena: Carlos Mondaca

=De *El Mercurio*. Santiago de Chile=



Carlos Mondaca

La muerte de Carlos Mondaca, a los cincuenta años, no nos ha sorprendido casi. Desde la madurez vivía en un estado de enfermedad refrenada y, como quien dice, burlada. Su madre no tuvo otra pena que la de verle una juventud sin *friolera*, como allá decimos, que ella afirmó con la manera de cuidado heroico que era la de esa brava mujer nuestra para cuantos tenía cerca. El hijo, su pasión, su larga pasión. Yo he visto en mi vida maternidades de una vehemencia semejante, no mayor. Se murió contenta de dejarlo junto a otra mujer de su familia moral, Isabella Kirkman, hermosa como buscada por el poeta; pero fuerte como elegida por ella misma; tanto sabía la madre que al hijo le faltaba el cuerpo que ella le diera y que bien le conocía.

Sólo por esta arista de la vitalidad pobre no era hombre elquino Mondaca. Nosotros salimos generalmente de nuestra caja portentosa de cerros como troquelados en cobre: muy sanguíneos, bien musculados, hechos para dar testimonio del sol Sagitario que es el nuestro y que nos ha batido bien la sangre en los repechos y las laderas.

Como al del Huasco, le ha sido dado al valle de Elqui no sé qué privilegio de frutas sumas y de gentes bien plantadas. Pero la geografía temperamental, el clima traducido en la emoción, se falló con Mondaca. De Elqui no ha salido nunca gente desabrida o laxa y la ley ha de ser muy vigorosa, para que obrase hasta en un hombre enfermo.

Cara sobre manera fatigada, ojo vago, y el modo de hablar que allá llamamos «dejado», por flojo. Y vengándose de este cansancio, una emoción tan intensa, un animismo tan rico, que no escribió «renglón» de poesía o de carta que no fuese cosa esencial y con calidades para perdurar. Así se manifestaba en el hombrecito endeble el clima prodigioso de donde salió, regalador de frutas próceres y rico de siestas calientes. Porque es necesario decir a los que ven un Chile largo y en color gris, como las anguilas, que tenemos varias pintaduras solares, especie de triángulos rojos en una verdadera anaconda de territorio, que son pura calidez; uno de esos se llama Vicuña, otro Vallenar, otro Quillota; calurosos como Oaxaca, sobre el primero Carlos Mondaca nació y vivió linda infancia. Afortunadamente, pues a mí no me haría ninguna gracia, a pesar de mi apego a los Folklores nórdicos, una patria algodonosa de brumas, y de cielos acardenados.

La poesía de Mondaca nació bajo la norma de la intensidad, que es la cualitativa que llama León Daudet, y entra con la muerte del poeta en la gran línea paterna de donde nadie ha de sacarla. Es la línea de los Baudelaires, de los Poe, de los Bloy, de los Leopardi; de los Andreieff, de los Saudel, de los Hello y, en español, de los Machado y los García Lorca, línea tan clara ella como el garabateo de las climatéricas en un mapa. Imprime carácter la intensidad, como se dice de los sacramentos, por encima de las demás virtudes prácticas. Entre los harmoniosos (¡ay, la plaga de nuestros sosos Lamartines criollos!) y los «mayestáticos» a lo Leconte de Lisle, con qué rotunda elección nos vamos hacia los intensos! Saboreada esta almendra que quema como el yodo, todo lo demás es pulpa más o menos jugosa, pero que no alcanza a embriagar, cuando no es pura carnita fofa.

Lástima que nos nacen muy espaciados estos generosos que son los intensos. Bien cribada nuestra poesía, nos quedamos con unos siete. Cribados todavía estos siete con unos cinco: Carlos Mondaca, Pablo Neruda, Max Jara, Cruchaga Santa María, Gómez Rojas en parte de su breve obra.

Se llama con cierto desdencito tonto «escasa» la obra de Mondaca. La historia nos ha acostumbrado en Chile a lo que Unamuno llama «la producción vertical en metraje». Él me decía en la conversación ezequieliana que tiene:—«Fulano (un autor chileno) treinta metros de libros; y Mengano, doscientos metros».

Y yo no le entendía. Cuando le entendí me fuí acordando del metraje vertical de la poesía americana, que se luce bien en esa horrible cosa que en esos trigos llamamos «las obras completas». No se les vaya a ocurrir a los compadres de la abundancia, encontrarle ahora a Mondaca hasta tres tomos más, como al pobrecito Rubén, cosa que su inteligente mujer atajará con más tino que Francisca Sánchez. Los dos tomos que él quiso reunir clavan su nombre en lugar dignísimo. Bajo su credo de intensidad, eso reunió él y eso ha dejado. Perdóneme mi querido Armando Donoso, pero Pezoa y González se han estropeado/que es una lástima con aquellas añadiduras lamentables que por puntillosidad bibliográfica se les ha hecho sufrir.

Mucha experiencia en la poesía de Mondaca, una gran madurez del motivo—la muerte, la fe, la fatiga. Vivía tres y cinco años para un poema. Entró a la poesía en adulto, al revés de los que hemos entrado en rapazuelos. Su verso conmueve porque convence. También la poesía es una manera de dialéctica, si bien bastante disimulada. Un poco de la noble impopularidad de Mondaca de ahí le viene: de que exige madurez. y el público grande de los poetas está formado de mozos y de mozos un poco titiriteros, prestidigitadores de la emoción, simpáticas gentes que se hacen el órgano con botellas habilidosas de vidrio.

¿De dónde le vino a nuestro poeta, en tierra nueva y un poco bárbara, como toda tierra americana, esta madurez anticipada y firme? De su catolicismo y yo digo *su* porque él era una *rara avis*: el católico culto, con su teología, su liturgia, su escolástica, bien masticadas. No estoy segura del dato; pero me parece que sacó de un Seminario sus humanidades. En Chile no hay otras humanidades legítimas, a base de lenguas clásicas.

El cristianismo es un credo simple, juvenil, fresco, casi adolescente. El catolicismo es cosa compleja, sabia, un poco otoñal en el sentido de las sazones que hace el otoño. En la América ha habido varios poetas cristianos—Almafuerte en una parte de su obra, por ejemplo y—casi ningún poeta católico. La explicación de esta dualidad sobra; sin embargo, no está de demás anotarla para los que no la han advertido: el catolicismo se ha incorporado con Santo Tomás a Aristóteles y a la parte sana de la cultura greco-romana. Se es cristiano fácilmente, con sólo un ímpetu del corazón hacia Cristo; se es católico completo: de sesos, de espíritu, de modo, con la adobadura clásica puesta a ambos lados del Evangelio.

El alma seria, ni improvisada, sin abalorio falso, bien vertebrada para el juicio y la vida de Carlos Mondaca, dos cosas cardinales se la hicieron: la madre admirabilísima y—repito—el catolicismo.

Mujer extraordinaria doña Virginia Córtés. Hace veinte años que yo me la encontré; cuántas mujeres me han pasado por el ojo, que ya tiene abotagadura de gentes y no me la han rebajado ni mellado! Bello tipo criollo: hospitalaria, sencilla sin rusticidad, inteligentísima. Con una burla donosa que encantaba sin magullar y con una sabiduría para la vida cotidiana que yo llamaría hoy sabiduría gala, de ama de casa en grande.

El Mercurio en el noble editorial que dedica al poeta, habla de la amargura que dejó en él la relativa incomprensión de su tiempo. Algo de eso se sentía en su conversación, y es que una especie de *jettatura* acompañó siempre su obra poética. Yo no he oído otro juicio sobre su labor que uno necio y presuntuoso de cierto crítico argentino que carga con dos desventuras sin remedio: su falta de temperamento y su desnudez de toda cultura. Tuviese al menos ésta y se enderezara la comprensión. Pensé en contestar su crónica insolente y me detuvo un sentimiento de respeto hacia el ofendido; valía demasiado Mondaca para que necesitase de una defensa.

En México (se dice en Chile que no hablé en México de la poesía chilena), tuve el gusto de regalar a dos amigos, un gran profesor viejo y un poeta mozo, el mismo libro zarandeado por el argentino. El primero no quiso decirme nada de él, aunque se lo entregué con encargo efusivo, y el joven me habló mal de él, asistido de una suficiencia veintiañera. La sencillez de la forma y la naturalidad preciosa del tono lo despistaron y llamó a malas cosas «infantilismo» e «impericia».

La sencillez a lo Verlaine ha sido siempre una trampa. El pobre diablo que se llamó Max Nordau apellidaba esa maravilla «senilidad y sosería». Asco del énfasis poético sentía Mondaca y escribía con los dientes apretados, de voluntad antiretórica. Acaso haya ido demasiado lejos. El desgarbo que le achacan, la ausencia de la metáfora rozagante, la rima pobre, no fueron en él, como en Nervo, sino extremosidades de su deseo de verdad. Yo lo llamaría un trapista de la lengua poética, o si se quiere, un franciscano lleno de repugnancia hacia el vocablo brummelesco. Hay *Trappas* de la lengua, unas austeras y otras bondadosas: de ésta era la de Mondaca. Chateaubriand llamaba a la estupenda comunidad trapista «la Esparta cristiana». Esta bella frase leída en la Cartuja de Grenoble, me hizo pensar en

los espartanos de la lengua, paganos y cristianos: en Tácito para la prosa.

El pobre crítico argentino no entenderá nunca lo que va de una asceta a un pelafustán del lenguaje.

Amargura, no dolor, y un cansancio constante, que pasó a hacerse naturaleza suya: eso es toda la poesía de Mondaca. No dolor, porque no había erguimiento en su queja, sino una como conformidad hecha de rendimiento.

Sobra buscar anécdota en este caso, si se quiere dar causas circunstanciales a tanto poema cargado de pesadumbre. La vida le fué otra forma de madre a Mondaca, otra Virginia Cortés, acogedora y leal. Carrera sin altibajos; atmósfera vital de estimación; bella mujer; una pareja de hijos que se le parecían como la gota a la gota: todo ello buscado y hallado sin repecho ni batalla.

Su amargura se llama como en el hombre del Eclesiastés que él bien amaba, paladeo voluntario de la salmuera esencial de la vida, o mejor dicho, como en Rubén «el puro dolor de estar vivo». Para volverse optimista desaforado le sobraba meditación y su ojo calador del espectáculo ruin del mundo, y le faltaba además la banalidad boba de las razas flamantes.

La reputación de Mondaca se hizo en Chile, por su gente, y eso está bien. Trago más amargo le resultara oirse insultar adentro y estimar afuera de su casa. Se equivocaba al pensar que sus compañeros le discutían dignidades más o menos. Nunca oí sobre el poeta expresiones de injusticia marcada. Al hombre sin efusión, mongólicamente reservado, no se le acercaban muchos. Yo me acuso buenamente de haberme mantenido a distancia suya, aún cuando su obra anduvo siempre entre mis aprecios más subidos. Sabíamos, sin habérnoslo dicho, que, coincidiendo fácilmente en los juicios literarios, no coincidíamos en cosas más aferradas a mi corazón que la pobre literatura, y que no se va lejos rehuyendo ciertos temas del ambiente, porque se zabulle en ellos tarde o temprano, y evitamos mutuamente la intimidad y casi la amistad, por esta como intuición del riesgo.

Corría a su cargo una parte (por desgracia no la íntima) de la educación de Chile. No habría podido oírme sin sollamadura lo que la lamentable gestión pedagógica de mi país me parecía entonces.

Su madre buena me dijo un día con su sonrisa sagaz:—«Usted no me quiere a mi Carlos y eso me da pena». Me acuerdo que le contesté:—«¿No será que le quiero en usted? Y no poco, porque la quiero a usted cabalmente. En usted cumplo con él».

Sus oficinas de la Universidad me eran bastante odiosas. La primera, un agujero feo y oscuro, se comió la preciosa y precaria salud de nuestro Baldomero Lillo y sabía que la de Mondaca saldría de allí magullada. Por no turbarlo con el recuerdo de un enfermo del mismo mal, le callé el augurio; pero le hablé un día de volver a Elqui por un año entero, a hacerse fuerte, viviendo en el olor vigoroso de los lagares de La Unión y confortado por esa corona de cerros centaurescos, en «el sol más sol» que darse puede. Me alabó su valle del Maipo como equivalente. Nada de equivalencias: allá son las frutas insignes (que casi se mascan en el aire) de una cadena de muertos; un aire que verdaderamente sustenta y el pan abrahámico de la hospitalidad coquimbana, de que él como yo se acordaba con paladeo de orgullo.

Continuó clavado por la inercia en la burocracia educacional. Su voluntad era escasa como en los enfermos, sin que fuese un abúlico, pues rendía un trabajo oficinesco de primer orden. Se equivocó al creer que había nacido para estar treinta años clavado sobre legajos estadísticos, como un pobre broche. Dando magnificamente una clase de literatura general en que aprovechara sus lecturas copiosas y contagiosas, su gusto—que lo tuvo segurísimo—nos hubiese servido mejor y salvado a la vez sus pulmones viviendo en el noble campo que rodea a Santiago.

Debemos a Carlos Mondaca el mismo cuadrado forestal de recordación que dimos a Magallanes: un busto sobrio en el mismo paseo, lo que servirá para crear a ésta tradición a lo Parque Monceau. Quédese la Alameda reservada a los capitanes y dejemos sin espadas anacrónicas y sin uniformes en piedra ese cuadro de árboles, tácitamente entregado a escritores, pintores y músicos muertos.

La iniciativa pública corresponde esta vez a los profesores, cuyo gremio se honró—¡al fin!—con un letrado y con un poeta de ceñidísima selección. A muchos colegas—a medio magisterio secundario—sirvió desde ese agujero de su trabajo y de su muerte, que ya he dicho; a los demás nos sirvió con su obra poética, que es dignidad para la raza.

Totilla Albert, neciamente ofendido en el asunto del monumento a Magallanes, puede ser desagraviado ahora.

Pensando en su busto, yo veo entero este semblante del Norte y me vuelve a coger una preocupación que traigo entre cejas hace tiempo y que se me sostiene aunque esté en desacuerdo con los datos etnográficos corrientes.

Una diferencia grande, emotiva sobre todo, y un poco física, se observa entre el mestizo del Norte y el del Sur de Chile. ¿No ha abonado indio quecha-aimará esa raza nortina que para el sentimiento muestra como más vejez, está más cavada y pulida a la vez, y posee como quien dice, *más raza?* Nos han hablado en los manuales de «changos» y otras tribus inferiores; no se pueden negar las filtraciones indudables de la gran raza vecina, y estos préstamos de sangre nos honran en lugar de deprimirnos. Recuerdo, anotando esta insinuación, que en nuestra tierra se siente injuriado todo aquel a quien se le llama «cuarteado o terciado de indio». Majaderías son esas y apetito europeo bastante ingenuo. «No llevaron mujeres los conquistadores». Acordarse de eso, señorones negadores del mestizaje que grita a los ojos en la piel morena.

Digo que estoy viendo en cabeza de momia quecha-aimará, de las que tengo bien miradas en Lima y en New York, y por lo tanto, en mongólico, la cabeza de Carlos Mondaca. Con esta imagen me viene a confluir para el convencimiento otra. ¿A qué música se apega el tono de la poesía de Carlos Mondaca? Ni al violoncello patético, ni al órgano grandilocuente, ni al harpa un poco meliflua, sino a la quena, que he venido a conocer en París y que me ha parado la sangre atenta como un encuentro insospechado con algo propio. Noble monotonía, aire de gran fatiga y estupenda intensidad, en la quena y en la estrofa de Mondaca. Ojalá el escultor no se ponga a españolizar esta cara que queremos verídica, y acierte a ver las líneas que yo miro en este momento: las de la boca, las de los pómulos.

Descanse en paz el buen poeta de su raza.

Gabriela Mistral

Avignon, enero de 1929.

Noticia de libros

De Teresa de la Parra, hemos recibido su segunda novela:

Las memorias de Mamá Blanca. Editorial Le Libre Livre. París. 1929.

Con esta dedicatoria:

A ti, que, al igual de Mamá Blanca, reinaste dulcemente en una hacienda de caña, donde al impulso de tu mano llamaba a los peones la campana para la misa del domingo, subía en espirales de oración a la hora del angelus sobre el canto de los grillos y el parpadeo de los cocuyos el humo santo de la molienda en el torreón y te dibujas allá, entre la niebla de mis primeros recuerdos, lejana y piadosa, apacentando cabezas sobre un fondo de campo, como la imagen de la donadora en el retablo de algún primitivo.

Con este contenido:

Dedicatoria. Advertencia. Blanca Nieves y Compañía. Vienen visitas. María Moñitos. Aquí está primo Juancho. Vicente Cochocho. Se acabó trapiche. Nube de Agua y Nube de Agüita. Aurora.

—

Juana de Ibarbourou nos remite:

Las lenguas de diamante. Montevideo 1927.

Secciones de la obra:

La luz interior. Anforas Negras. La clara cisterna.

—

Don Manuel Sanguily y Arizti (27 y Paseo. Vedado. Habana. Cuba) ha publicado el tomo VI de las *Obras* de Manuel Sanguily. Se titula:

Páginas de historia. A. Dorrbecker, impresor. Habana 1929. En dos tomos.

—

De nuestro amigo Guillermo Jimenez, México D. F., hemos recibido:

La última vanidad. Colección de autógrafos de Amado Nervo. Prólogo de Federico Gamboa. México, D. F.

—

Esta novela reciente de A. Hernández Catá:

El angel de Sodoma. Mundo Latino

Está dedicada a Gregorio Marañón.

—

Los trabajos y los días (Geórgicas) se titula la última obra poética de Luis Franco.

Babel. Buenos Aires. 1928.

—

Espasa-Calpe, de Madrid, nos remite:

Génesis de los organismos, por Oscar Hertwig. Tomo I. Traducido del alemán por Fernando Lorente de Nó. Madrid. 1929.

De las *Obras* completas de Emerson (Nueva Biblioteca Filosófica) los tomos V, VI y VII:
Doce ensayos. Cartas.
Vida y Discursos (En dos tomos).

—

Lydia Bolena (Julia de Pertuz) ha publicado el tomo I de sus cuentos, que titula

Comprimidos.
Salido de la Imprenta Trejos Hnos. 1929. San José, C. R.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores

El Canal interoceánico por la Bahía de Fonseca

Análisis espectral de un g

1.—El día que se inauguren los trabajos del Canal Interoceánico por Nicaragua, con o sin el consentimiento de las pequeñas Repúblicas de Centro América, comenzará una nueva época para estos países; es decir, dejarán de ser Estados independientes, con sus peculiares vicios y virtudes, para convertirse en países intervenidos de hecho. Lo grave del caso es que por esa fatalidad de los acontecimientos, que hace de los hombres, y frecuentemente también de los pueblos, juguete de las circunstancias que los rodean, tal día necesariamente tiene que llegar.

Los Estados Unidos construirán el Canal de Nicaragua, como construyeron el de Panamá contra la voluntad de Colombia y aun de Europa, y su dominio sobre ellos sólo terminará cuando otra potencia les arrebate en singular batalla, lo que ellos cogieron y explotaron con el mismo derecho del más fuerte. No está, pues, en manos de Centro América impedir que el Canal se haga o se deje de hacer por los Estados Unidos; y en todo caso, en nada cambiaría la situación de estos países si en vez de construirlo la república del Norte, lo construyera otra nación; por el contrario, si así ocurriera, la situación de Centro América sería más comprometida; sería tener dos enemigos poderosos muy cerca y provocarlos en una rivalidad muy peligrosa para quien estuviera en medio de ellos. Es el caso de Bélgica.

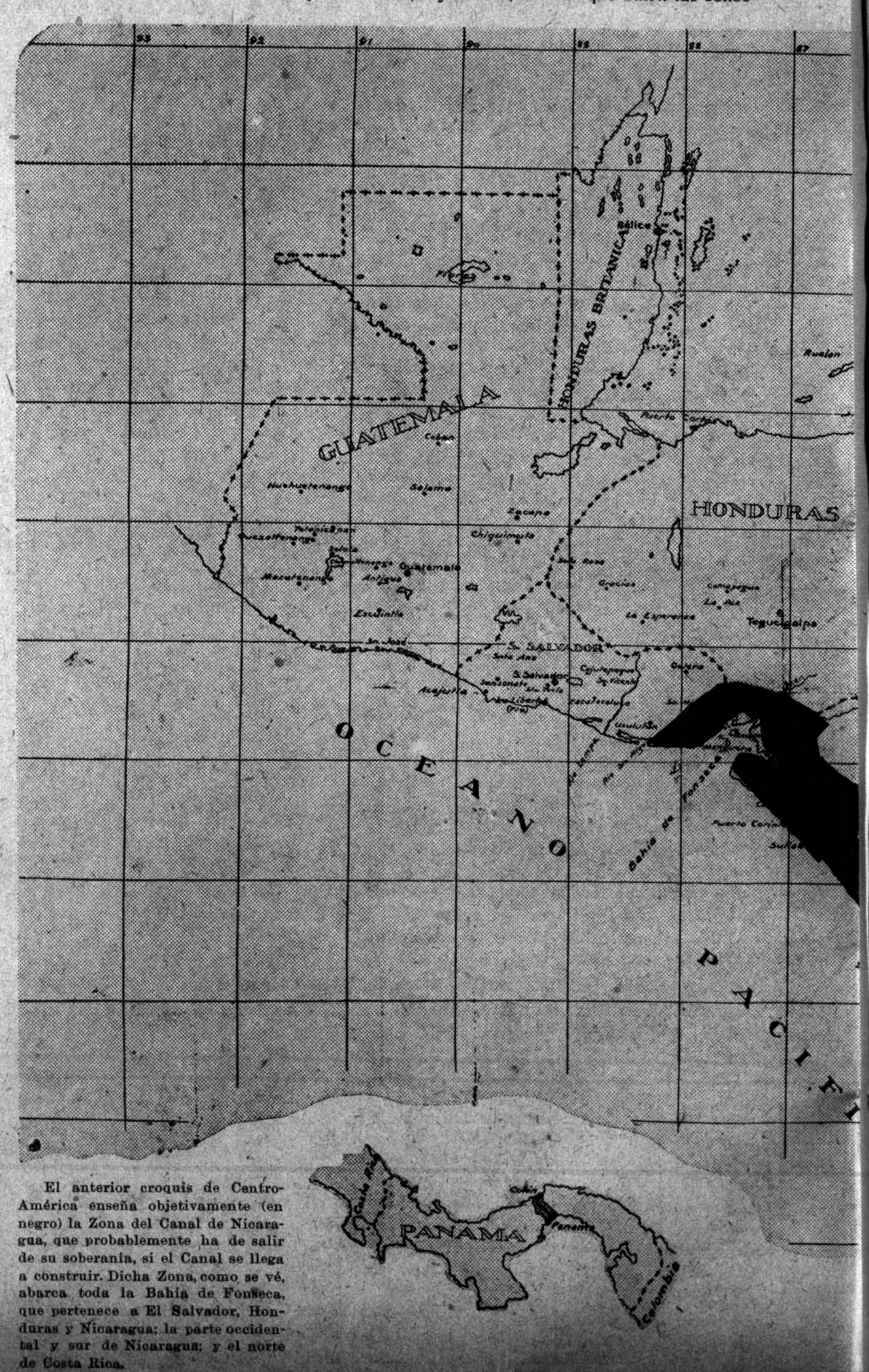
Si a un diario de prestigio se le ocurriera abrir una encuesta entre los intelectuales de América, no acerca de si el Canal debe o no ser construído por los Estados Unidos, sino acerca de si Centro América debe consentir o no en que el Canal lo hagan los Estados Unidos, que es cosa muy distinta, suponemos que serían más las respuestas negativas que las afirmativas. Hay a la par del deseo de ver realizada la obra, el presentimiento de un peligro común.

2.—Es evidente que a la construcción del Canal corresponderá un transitorio bienestar de los gobiernos del Centro y aun de no pocos individuos. El dólar correrá como indemnización nacional o particular; muchas propiedades sin valor hoy alcanzarían precios fabulosos; se improvisarían fortunas; se consumiría por los trabajadores todo lo que la agricultura produjera; pero concluida la obra, sólo habría dejado como fruto positivo la miseria de un pueblo o de unos pueblos de ilusos, si no saben defenderse a tiempo. Es el caso de Panamá.

Los Estados Unidos comenzarán por construir el Canal: para ello nos pedirán tierra y aguas,—a Nicaragua más que al resto de Centro América—; continuarán por fortificarlo pidiendo más tierra, bahías y lagos; terminarán por unirlo en su defensa al Canal de Panamá, pidiendo o exigiendo el paso de tropas de una a otra vía. Entonces ya toda soberanía efectiva habrá desaparecido, y con la soberanía el bienestar social, y, probablemente la raza hispánica en Centro América. La división de la tierra cultivada en Costa Rica, por ejemplo, con sus 125.000 propietarios en una población total de 600.000 habitantes, sería reemplazada por trusts, como la United Fruit y los Trusts eléctricos, y el criollo de pura raza, será tarde o temprano reemplazado por el chino o el negro.

3.—Un pueblo de 600.000 habitantes como el de Costa Rica, se le hace desaparecer con sólo inyectarle una inmigración proporcional a la quinta parte de sus habitantes, y si para construir el Canal, o al calor de él, nos llegan unos 100.000 negros o chinos o norteamericanos, antes de dos generaciones la población total del país será norteamericana, china o negra. Los ingleses, españoles y portugueses que vinieron a la conquista de América eran pocos en relación con el número de sus habitantes, pero los portugueses, españoles e ingleses se quedaron dueños del campo.

4.—El Canal de Nicaragua sería, además, una amenaza para los habitantes, nacionales o extranjeros, de Centro América. Partida por dos canales interoceánicos *militarizados*, como se pretende, Centro América pasará a la categoría de uno de los puntos más fortificados del mundo. Sería el Gibraltar Antillano; y como hemos dicho antes, y habremos de repetir después, en caso de guerra entre los Estados Unidos y otra u otras potencias, Costa Rica, como territorio intercanalero, sus habitantes y propietarios, correrán la suerte de Bélgica en la última guerra mundial; el territorio será militarmente intervenido y bloqueado al comercio internacional, acaso bombardeado y sus habitantes, hoy felices, tendrán que sufrir las conse-



El anterior croquis de Centro-América enseña objetivamente (en negro) la Zona del Canal de Nicaragua, que probablemente ha de salir de su soberanía, si el Canal se llega a construir. Dicha Zona, como se vé, abarca toda la Bahía de Fonseca, que pertenece a El Salvador, Honduras y Nicaragua; la parte occidental y sur de Nicaragua; y el norte de Costa Rica.

...s grandes Lagos de Nicaragua y el Río San Juan

...roblema Centro-Americano

cuencias de un estado de guerra que no es suyo.

5.—Ante perspectivas tan sombrías o ante amenazas tan realizables no es el caso de acostarse a dormir.

¿Quiere decir ésto que el Canal no debe ser construído? No. ¿Quiere decir que debemos o podemos impedir que se construya? Tampoco. Pero sí quiere decir que debemos medir, junto con otros, estos grandes peligros; que debemos tratar de evitarlos, y que si tenemos que soportarlos que no sea por falta de capacidad para haberlos prevenido.

6.—Ante la amenaza de un Canal interoceánico, que cada uno mira desde un punto singular de vista: unos como un acto de complacencia que se cargará en Wáshington al haber de las posibilidades políticas, otros como una obra de civilización y de progreso; éstos como un negocio de pingües utilidades, y aquéllos, como una oportunidad de hablar mal de los Estados Unidos y de sus tendencias imperialistas; nosotros creemos que es preferible pensar en el problema con anticipación y serenidad; poner un grupo de hombres a estudiarlo; colocarnos desde ahora en condición de discutir, cuando llegue la hora, de cosas que entendemos, con hombres que las conocen mejor, porque las estudiaron y midieron cuando nosotros estábamos haciendo presidentes, ministros o revoluciones. Mucho antes de firmarse la paz de 1919 los países beligerantes tenían casi redactado el Tratado de Paz; un grupo de cerebros lo había preparado minuciosamente mientras los soldados estaban en las trincheras.



Los Estados Unidos conocen mejor que nosotros, lo que nos van a decir y lo que les vamos a contestar cuando de estas cosas se les ocurra hablar. Ellos piensan que el problema para nosotros, o a nuestros ojos, es cuestión de dólar más o dólar menos; que los políticos en algunas partes se ***ofuscan***, y que si el dólar no habla, el milagro lo hará una revolución que cambie el gobierno indócil por uno ***razonable***. Con el oro en una mano y el fuete en otra se hacen milagros en este mundo.

A nosotros nos gustaría que los diplomáticos de Centro América, llamados en su oportunidad a intervenir en este negociado, no extendieran la mano con indignidad, ni sufrieran una afrenta que no pueden castigar. Para los Estados Unidos el problema del Canal es un problema económico; para Centro América es un problema que atañe a su propia existencia. Los Estados Unidos saben que nos pueden despejar de la ruta del Canal, pero también saben que el robo jamás se legaliza, y esta conducta no cuadra bien al alma democrática de la primera democracia del mundo. La prueba la tenemos en el caso de Colombia. Ellos, según Roosvelt, se robaron a Panamá, pero no quedaron satisfechos hasta que no se la pagaron.

Después de todo, hay en los Estados Unidos un grupo de hombres, cada vez más numerosos, que piensan que un amigo resentido es casi un enemigo; que un pueblo ultrajado en las vecindades de un Canal militarizado es casi un aliado de sus enemigos. Si es posible no resentir al amigo, ni ultrajar en su patriotismo a un pueblo así colocado, es preferible no hacerlo, y, naturalmente ellos no quieren hacerlo en este caso.

El Senador norteamericano Mr. Paul Fuller, en respuesta a una carta del senador Elihu Root, publicada en el *Century Magazine*, expresa una idea similar cuando dice: «Estoy completamente de acuerdo en cuanto a la conveniencia de la adquisición de la ruta del Canal de Nicaragua y la base naval en la bahía de Fonseca, pero como este derecho no puede ser concedido por Nicaragua solamente, y *sin duda no será concedido* por los otros países interesados, Honduras y El Salvador en la bahía de Fonseca, y Costa Rica en la ruta del Canal, *es a todas luces conveniente, en interés del mantenimiento de las relaciones cordiales*, tratar con las distintas partes interesadas en el asunto, especialmente en vista de la situación del Gobierno de Nicaragua, el cual es obvio que se encuentra bajo nuestra influencia por virtud de las tropas acuarteladas en la Capital. Nosotros no tenemos necesidad inmediata de lo que Whister llamó el «arte de hacer enemigos con gentileza» y mi deseo es cultivar y llevar a la práctica el arte de hacer amigos. El manejo discreto de la situación de Nicaragua ofrece la oportunidad.»

Mucho honor hace el Señor Fuller a Costa Rica, Honduras y el Salvador, al suponer *que sin duda* (el derecho para construir el Canal) no será concedido por ellos. Es un pensamiento del cual no han participado muchos ciudadanos de Centro América y a quien el Hnble. Sr. Se-

nador parece dirigirse en una advertencia extremadamente cortés, en cuanto a la forma e indiscutiblemente honrada en cuanto al pensamiento que la inspira. En otras palabras, puede interpretarse la anterior carta de Mr. Fuller como una declaración de que siendo él salvadoreño, hondureño o costarricense, jamás firmaría un tratado como el que firmó Nicaragua con su propio país.

El Ministro de los Estados Unidos en Costa Rica, Mr. Davis, me decía personalmente una noche en el Club Unión, a raíz de la visita de Mr. Hoover a Costa Rica, que su pensamiento era el siguiente: «Que los Estados Unidos construyeran el Canal por Nicaragua, siempre que hubiera una buena inteligencia con estos países; de lo contrario, que ampliaran el Canal de Panamá.»

Esta frase del distinguido diplomático es todo un programa, y si no lo es, merecería serlo, no por lo que pudiera tener de sentimental ni de nueva, sino por lo que tiene de sentido práctico del problema: marca, desde luego, respecto de los procedimientos de Roosvelt, un pensamiento más adelantado y decente de ver las cosas, un procedimiento más civilizado, porque es de comprensión y no de violencia.

El caso de Nicaragua nos hace pensar en la necesidad de este estudio. El Tratado Chamorro-Bryand pone de relieve, no sin alarma, que para los estadistas de Nicaragua esté tratado no fué otra cosa que un pretexto para hacerse de tres millons de dólares y para consolidar a un presidente impopular e el poder, mediante la permanencia en su territorio de unos marinos extranjeros. Si un día u otro, los estadistas de El Salvador y Honduras sufren una parecida ofuscación, aunque no es probable, Costa Rica no tendría más recurso que o volverse *razonable* o sufrir sola las consecuencias de su rebeldía; de modo que prevenir a los pueblos de Centro América de este gran peligro, es a la vez mirar a nuestra propia seguridad y defensa.

No, el problema de que se trata, no es un negociado de millón más o menos. Aun a sabiendas, como lo sabemos, que el Canal por Nicaragua puede ser construido, con o sin nuestro consentimiento, Centro América necesita saber ya cuál ha de ser su actitud en este caso; es decir si concede a los Estados Unidos un derecho legítimo para construir el Canal, u opta por tolerar que el Canal sea construido aun por medio de la violencia, pero salvando en este caso su responsabilidad ante la historia.

En el primer caso, que es el que nos interesa, Centro América no puede decidirse si no es mediante un estudio profundo de la cuestión, que es el que echamos de menos, y por lo mismo, el que se impone iniciar ya.

¿Debe ser el Canal que se proyecta *comercial*, es decir, *un canal libre* entre mares *libres*, al servicio de cualquier bandera que pague los gastos de tránsito, en cuyo caso el problema se simplifica mucho; o puede ser *militar*, o lo que es lo mismo, una *fortaleza* para fines estratégicos de la nación que lo construya?

De ser el Canal *militar*, o *mixto*, como el de Panamá,—¿qué extensión del territorio de Centro América exige—y en qué situación ha de quedar el resto?

¿Qué peligros tiene la posible concesión del Canal para los habitantes de Centro América, en caso de guerra entre los Estados Unidos y otra potencia?

¿La concesión del Canal originará, como en Panamá, un estado dentro de otro Estado? En este caso, ¿será ella un obstáculo para la futura unión centro americana?

En relación con el Canal o con *la Zona del Canal*, ¿en qué situación han de quedar los ciudadanos de Centro América, los productos del suelo y de la industria, las naves mercantes, las tropas y unidades aéreas de Centro América? ¿Gozarán de los mismos derechos concedidos a los ciudadanos, productos, etc., de los Estados Unidos, o quedarán en la situación de extranjeros en su propio suelo?

Como se ve por estos pocos enunciados, el problema es tan vario como complejo, tan extenso como delicado en todos y cada uno de sus extremos. Puede decirse, sin temor a equivocarse, que Centro América desde el año 56 no ha tenido cuestión como ésta de tanta importancia para su porvenir. Tiene razón Mr. Fuller al suponer «que sin duda el derecho no será concedido» al menos como los Estados Unidos parecen pretenderlo; y tiene razón el Ministro Davis al pensar que «talvez sería preferible ensanchar el Canal de Panamá».

Pero con sólo ensanchar el Canal de Panamá no se eliminaría el problema centroamericano: faltaría siempre eliminar la opción que por noventa y nueve años dió Nicaragua a los Estados Unidos para construir un canal por cualquier punto a través de su territorio», pues en aquel caso la opción habría sido dada *para no hacer el Canal, ni dejarlo hacer*. y sobre todo para anular el *hecho*, el condominio sobre las aguas de la Bahía de Fonseca y sobre las aguas del río San Juan, que sirve de límite ente Nicaragua y Costa Rica.

He aquí un asunto digno de la reflexión de la juventud de Centro América; digno de tanto aspirante a la presidencia, de tanto candidato a los ministerios y a las diputaciones; porque uno de los mejores caminos por donde el ciudadano debe alcanzar las altas dignidades del estado, es demostrando su familiarización con sus problemas y con todo aquello que pueda ser objeto de su decisión como *hombre público*. Talvez un día u otro, hombres de Centro América como Alberto Masferrer, Salvador Mendieta, Santiago Argüello, Salomón de la Selva, Dr. Buitrago Díaz, Flavio Guillén, Rafael Cardona, Alejandro Alvarado Quirós, Viera Altamirano, Dr. Castro Ramírez, Rodríguez Befeta, Froylán Turcios, García Monge, Otilio Ulate, José Angel Zeledón y otros, quieran abordar este tema, acerca del cual hace diez años estamos llamando la atención. Talvez intelectuales de los Estados Unidos, como Allen, Root, Borah, Smith, Clark, Jenneth, Frank, Mencken, quieran continuar luchando porque su gran nación, que nosotros admiramos en tantos aspectos, no manche sus prestigios con su intervención en Nicaragua y con sus conquistas territoriales. Tal vez otros intelectuales de la América Hispana, quieran, como al efecto, respetuosamente los invitamos también a hacerlo, ilustrar nuestra conducta, y alumbrar el camino de nuestro deber o de nuestra conveniencia, ya que después de todo, el problema de que se trata es de aquéllos que por referirse a mares libres, puede decirse que no debe ser indiferente a nadie que se sienta vinculado en alguna forma a ellos; y por relacionarse con pueblos pequeños y sin experiencia, la oportunidad de sus consejos puede tener la virtud de una saludable y eficaz enseñanza.

En este día, primero de Mayo, en que Costa Rica descubre un bronce a la figura inmortal del presidente *Don Juanito Mora*, héroe de las guerras del 56 y 57, libradas en esta misma zona canalera, como un premio póstumo a sus relevantes virtudes de ciudadano y estadista visionario y ejemplar, nosotros pensamos que una de las mejores formas en que podemos honrar su memoria, es agitando en el corazón de sus hijos aquellas o parecidas preocupaciones que al gran patricio centroamericano, le enseñaron el camino de la inmortalidad.

Manuel Sáenz Cordero

San José, Costa Rica, 1.° de mayo de 1929).

Poesías de Carlos Mondaca

=De la obra *Recogimiento.* Poesías. Santiago de Chile. 1920=

Oración

¡Dios te salve, hijo mío, portador del dolor!
¡Dios te salve, hijo mío, redentor del amor!

Bendecidas tus manos vírgenes y olorosas,
albas manos de arcángel que van sembrando rosas,

Manos leves que, cuando me tocan dulcemente,
me hacen pensar que el cielo me besara en la frente.

Bendecida tu altiva cabecita inocente
donde Dios ha posado su mirada clemente,

Tan llena de grandezas, tan nimbada de luz,
como la cabecita del pequeño Jesús.

Bendecidos tus ojos misteriosos e inquietos
que quieren adueñarse de todos los secretos,

Tus pupilas que tienen claror de luna llena,
profundidad de abismos, pureza de azucena;

Tus ojos que me miran, y curan mis heridas,
y me lavan de todas las manchas de la vida.

—Señor! guarda en tus ojos ese mirar divino!
¡Presérvalo de todas las sombras del camino!

Hazle, Señor, la gracia que siempre pueda verte,
¡más allá de la vida, más allá de la muerte!—

Bendecida tu boca que huele a flores nuevas,
y tus labios en donde mi sed de amor abrevas;

Y tu voz donde cantan como un himno profundo
todas las armonías que ruedan por el mundo!

Tu voz que me parece que viene de tan lejos!
Y me trae perfumes, colores y reflejos!

—Señor! que yo la escuche cuando me esté muriendo,
y así me iré del mundo consolado y sonriendo!—

Y el rumor de tus pasos que resuena en mi oído
con música de brisas en un huerto florido!

Y el rumor de tus pasos que era como un latido
que yo escuché, mucho antes de que hubieras venido!

Tú cruzarás la tierra por sendas florecidas
con las rosas de sangre de mis plantas heridas.

Sé bendito por eso! Porque harás el camino
que yo no pude hacer!—Me lo impidió el destino!

Bendito tú, hijo mío, que verás tiempos nuevos
que yo no veré nunca, y en la conciencia llevo!

Se bendito, hijo mío, porque en tu sér encierras
todas mis esperanzas del cielo y de la tierra!

Vencedor de mi muerte, sé por éllo bendito!
Tú eres mi afirmación que lancé a lo infinito!

***

Guárdamelo, Señor! Conserva su existencia,
que de este vivir mío es la flor y la esencia!

Llévalo por tus vías; hazlo bueno y humano,
Señor, por las heridas de tus piés y tus manos!

Cúbrelo con el manto de la santa esperanza,
Señor, por la corona, por la cruz y la lanza!

Líbralo de los malos dolores que me hicieron,
por la hiel y vinagre que, al espirar, te dieron!

Házlo grande y altivo, Señor, sincero y fuerte,
por todos los tormentos de tu pasión y muerte!

Y permite a tu siervo que sufra sin consuelo
con todas las tristezas de que sembraste el suelo;

Que caigan, Señor, todas sobre mí, sin perdón,
Pero, Señor, ninguna sobre su corazón!

Elegía

A la santa memoria de mi madre
muerta el 29 de Junio de 1912

1

Gracias, madre!

Por todos los dones de tu corazón;
por tu santa emoción;
y por la exaltación
y la pasión!

Por tu espíritu de fuego y de luz;
por tu amor de Jesús;
por tu ansia de la cruz;
y por la excelsitud
de tu virtud!

¡Gracias, madre!

Por la intensidad del vivir;
por la belleza de sufrir;
por el encanto de escuchar,
por el milagro de mirar
y la amargura de pensar!

Y por la angustia de querer,
y no alcanzar;
y por la gloria de caer, y levantar;
y de creer,
y de esperar!

2

Cristo te dijo: Sigue mi camino.
—Y fué la santa ley de tu destino.

Abrázate a la cruz de mis amores!
—Y te abrevaste en todos los dolores.

Tu vida fué más pura que una estrella:
Dios se miraba reflejado en ella.

Tu pensamiento era como una fuente
que manara de Cristo, eternamente.

Tu carne enrojeció bajo el cilicio;
y te vistió de blanco el sacrificio.

Te coronó de rosas el Señor;
y te ciñó de espinas el Amor.

3

Y ahora, Madre, en la infinita
noche de nieve que llegó,
tu corazón ya no me grita
sobre el abismo del terror.

Ya no se posan en mi frente
tus manos, que eran el perdón.
—El sol de Dios secó la fuente,
la fuente de mi redención.

Ya no me alumbran el camino
ni tu mirada ni tu voz.
Voy tropezando, ebrio del vino,
con que la vida me abrevó.

Ebrio del vino de la muerte
que, envenenando hasta el Amor,
me va arrastrando como inerte
por los caminos del dolor.

4

En la lejanía más vaga
flota una dulce claridad.
Es una estrella que se apaga:
es un recuerdo que se va.

Es mi dolor ¡pobre de mí!
que no he podido eternizar!
—¡Limitación para sufrir,
y pequeñez para gozar!—

¿Es que no tienen mis arterias
el fuego de tu corazón?...
¿O son tan grandes mis miserias,
que no merezco tu dolor?...

Yo no sé, madre, no sé nada!
Yo sólo sé que ya no estás;
que es infinita la jornada,
y que es inútil esperar.

Yo no sé nada. ¡No sé nada!
Muero en las sombras del vivir.
Tú, que «viviste», sombra amada,
ven a decirme qué es morir.

Ya no sé dónde está el camino.
Voy, aterrado de vivir,
buscando a tientas un destino
que no consigo definir.

Yo vivo, Madre, eternamente,
sobre el dolor del desamparo,
aquel minuto de la muerte,
cuando tus ojos se velaron.

¿Qué viste, madre, en el umbral?
¿Qué resplandor te deslumbró?
¿Qué inmenso arrullo maternal
entre la sombra te adurmió?...

¿En la frontera de su imperio,
te habló la muerte su verdad?
¿Dijo la Vida su misterio?
¿Se iluminó la Eternidad?...

¿O era la Nada? ¿Y tú la celas?
Háblame, madre, sin piedad!
Porque, si tú no la revelas,
¿quién me diría la Verdad?...

5

Te adoré, viva; muerta, te venero;
y si aún he de vivir, de ti lo espero.

Algo de Dios florece en tu memoria:
que tus huesos se alegren en su gloria.

Y tu espíritu, en goces eternales,
cante con las potencias celestiales.

Vencedora de los siete dragones,
las Virtudes te ciñen con sus dones.

Y sobre tu corona de azucenas,
ponen un resplandor de luna llena.

Pero en la soledad del cementerio
el gusano voraz tiene su imperio...

Y sobre tu cadáver se levanta.
¡Y lo engendró tu carne sacrosanta!

Y luego no será más que ceniza,
que ha de aventar un soplo de la brisa.

Y ya no te verán
estos ojos mortales, nunca más!...

Y cuando pienso, madre, cuando pienso
que no he de verte más, siento un inmenso

Deseo de escaparme de mí mismo,
ansias de ir a perderme en un abismo,

Y solo con mi pena y mi recuerdo.
aullarte como un perro!...

Cuando el Señor me llame...

Cuando se fué del mundo mi madre, amigos fieles
me consolaron en los minutos más crueles.
Mi padre y yo velamos junto a su cabecera.
Y nuestro corazón era como la cera
del Cristo agonizante que recibió su adiós.
Y para que el recuerdo fuera inmortal, nevó...

Puede ser que yo viva, como ella, setenta años.
Mi Hijo habrá saboreado ya muchos desengaños.
Tal vez ya seré abuelo. Mi Mujer será vieja.
Su belleza pretérita, junto a su gracia añeja,
nos hará sonreír. Cuando nos traiga flores
la Nuera, leeremos esos versos de amores
que le escribí, sus cartas, que eran mi poesía,
e invadidos de una dulce melancolía,
nos miraremos mudos un largo rato, y luego
nos daremos las trémulas manos, como dos ciegos.

Una mañana clara de Abril—habrá llovido—
no me levantaré. Se acercarán sin ruido
las gentes de mi casa para observar si duermo,
y por sus ojos tristes sabré que estoy enfermo.
El temblor de sus lágrimas será la estrella que
me diga que es preciso partir y no volver;
y como para entonces estaré tan cansado,
no haré siquiera un gesto de espera. Resignado,
no pediré otra cosa que entreabran la ventana
para mirar el cielo; y hasta mi frente cana
descenderá piadosa y azul la caridad
de la mañana, a darme la postrer claridad.

Estaré con los ojos cerrados, como inerte,
saboreando la última tregua de la muerte.
De vez en vez, sus manos, santas y dolorosas,
mi Mujer pondrá en mí con suavidad de rosas.
Mi Hijo me mirará callada y largamente,
—los labios de su madre se han posado en mi frente—
y como teme que me turben sus sollozos,
se abrazará a mi Nuera.—Con sus ojos curiosos
—que lloran y no saben—pregunta el Nieto.
Cae
la tarde lentamente. Rumor de otoño trae
la brisa, quejas de árboles, y la melancolía
de lejanas campanas vesperales. El día
se irá junto conmigo.

Ya estaré confesado:
y me habré despedido de todos mis pecados
con lágrimas, porque le dieron tal sabor
a la vida y al bien, tal virtud al amor,
que sin ellos, no hubiera sabido qué es vivir.
Me doleré de todos los dolores que dí,
de los sueños que nunca conseguí realizar,
y de los egoísmos de mi carne mortal...

Entre el clamor de las lágrimas silenciosas
poco a poco, iré viendo alejarse las cosas.
Entonces en el último resplandor de la vida,
daré a los que me amaron y amé, la despedida.
Y diré a mi Mujer:

¡Gracias, mi santa Compañera!
Por el amor que puse en ti,
por las heridas que te hiciera
y la alegría que te dí!

¡Y gracias, porque fuiste bella!
Cierro los ojos y te miro:
me deslumbras como una estrella
y me enterneces como un lirio!

Tendré mi carne perfumada
de amor, Amor, hasta en la nada;
estoy gozando en tu mirada
como una gloria anticipada.

Sola entre todas las mujeres,
fuiste la única en saber
la tristeza de mis placeres
y el goce de mi padecer.

La que llevé por el camino,
en el cáliz de mi pasión
como la hostia del destino,
encerrada en mi corazón.

¡Gracias, mi santa Compañera,
porque tuviste, espiritual,
las locuras de la quimera,
y una conciencia en la bondad!

Y sobre todo, gracias, madre,
por la infinita majestad
de un hombre que, al decirme padre,
me haga vivir la eternidad!

Y luego diré al Hijo: «Sé magnánimo y fuerte!
vencedor de la vida y esposo de la muerte.
Y haz todas esas cosas, buenas, grandes y hermosas
con que yo soñé tanto, sin lograrlas hacer!»

Después, y ya en la última conciencia de la vida,
me encerraré en el fondo de mi alma adormecida.
Cerraré mis oídos para todo rumor
del mundo, y en mis ojos, que sellará el amor,
alboreará la aurora del Señor.
Y me iré
perdiendo en un ensueño crepuscular del que
nadie de entre los vivos me podrá despertar.
Me llamará la tierra con ansias maternales;
y como yo he querido, sobre todos mis males,
ser fiel hasta la muerte, ser obediente y bueno,
me dormiré por fin, como un niño, en su seno.

Invitación a la amistad

Mujer, huye tu mundo, y ven conmigo.
Tu belleza es un huerto de tristeza,
amor es una fuente de dolor;
y el beso, un enemigo,
que te acecha, mortal como el destino,
en el claro de luna del camino.

Tienes sed de la fuente que camina
y ansia de Eternidad...
—Hay en tus ojos una luz divina,
orlada de una azul oscuridad.—

Me parecen tus manos dos doncellas
blancas, que van a darse en holocausto...
Tiemblas con la inquietud de las estrellas:
pasa en la sombra de la tarde, Fausto.

Tu seno estremecido se levanta,
florido como el mar.—La luna asoma—
Tu cuerpo entero, como un árbol, canta.
Llora en tu corazón una paloma.

Y luego en la alegría dolorosa,
cuando la aurora venga y te despierte,
al deshojarse la postrera rosa...
su Anunciación te rezará la muerte.

Mujer, huye tu mundo, y ven conmigo.
No quieras ser semilla de tristezas.
Ven a mi soledad: seré tu amigo.
Nuestra vida será un florecimiento
de energías, vendimia de bellezas,
perpetuo vencimiento,
un nacer cada día;
y un desvanecimiento,
y una melancolía,
dulce y crepuscular,
el morir en el sueño de vivir y no amar...

El poeta y el perro

Hoy pintó Magallanes (¹) la tarde entera el cerro;
y en la paz del crepúsculo dialoga con su Perro.
Una melancolía sutil y misteriosa,
tal la noche que llega, lo invadió silenciosa;
y lejos de los hombres, solo con su conciencia,
busca amparo, del perro en la santa inocencia.

—Perro mío, me cansa pintar toda la tarde:
y este azul no es el cielo, y este reflejo no arde.
Tengo en el corazón y en la retina, vivo
todo el paisaje; pero, igual que, cuando escribo,
las palabras no cantan con mi misma emoción,
los colores no vibran con temblor de pasión.
¿No crees tú que debo romper esta paleta
y con ella mi ensueño de pintor y poeta?
Y el Perro: guau, guau!

Magallanes traduce:
«Amo no te comprendo, pero algo se trasluce
a través de tus ojos húmedos de rocío.
También se pone un velo sobre los ojos míos,
cuando me ordenas que vaya a buscar la pieza
que heriste con el fuego que vuela, y la maleza,
la zarza o los peñascos la esconden de tal suerte
que, a pesar de mis ansias, no logro obedecerte.
Y ya ves, yo te sigo siempre, con el empeño
de hacer la soberana voluntad de mi dueño.»

Y el poeta prosigue: la noche me amenaza.
¿No sientes cómo sube del valle y cómo pasa
callada y suave, y luego se nos entra en la vida,
como un reptil, y muerde en la pena dormida?
¿No la sientes llegar, como una inundación
de todas las angustias, sobre mi corazón?
Y el Perro: guau, guau.

Y el Poeta: ya sé
que me dices: no temas; yo te defenderé.
Y bien sé que podría dormir la noche entera
y que me librarías del hombre y de la fiera,
aunque en ello te fuera la vida; que los astros
verán junto a los míos tus vigilantes rastros
y sabrán que por ti me salvé del abismo.
Pero dime, ¿podrías librarme de mí mismo?

—El valle se sumerge lentamente y se pierde.
Muere el último trino solitario en el verde
rumoroso de un árbol. Se ha encendido una estrella.—

Y Magallanes dice:

Perro, la ves? Es ella;
la misma clara estrella, a cuya luz me viste,
como ella solitario, y hasta la muerte, triste.
Perro ¿y esa mujer? Era pálida y rubia.
Tenían, como el cielo, lavado por la lluvia,
purezas virginales sus ojos... Y fué mía...
¿Qué corazón ahora sufrirá la agonía
de su amor? Yo la amé. Yo la amé; pero el hielo
de su carne y de su alma no lo fundió mi anhelo.
Conoces el martirio, largo como la vida,
de saber que jamás tu vida irá fundida
con otra, cual dos ríos que unen sus aguas mudas
antes de ir a morir?... ¿Sabes lo que son dudas?
Perro, ¿comprendes esto?

Ahora el Perro aulla,
y en las pupilas húmedas del amo, hunde la suya
melancólicamente; después guarda un silencio
de humildad, pero dice:

«Señor, te reverencio,
mas no logro entenderte; tú buscas lo imposible,
cual si yo pretendiera hollar la inaccesible,
nieve de esa montaña.

Cuando la primavera
llega, yo la conozco: se cubre esta ladera
de hierba tierna y dulce; baja el agua cantando
como una niña; el aire, leve, sutil y blando,
me envuelve en una nube de perfume, y yo siento
que alguien me está llamando de lejos en el viento;
y entonces te abandono, cruzo el valle y el río,
corro tras el reclamo del amor, Amo mío;
y así, sin inquietudes, sin celos, ni tristeza,
cumplo con nuestra Santa Madre Naturaleza.»

Hay un largo silencio; pero luego el Poeta
pregunta con angustia: ¿De veras no te inquieta,
Perro mío, esta grave cuestión de la existencia?
Yo acaso envidiaría tu sublime inconciencia;
pero entiéndeme bien: amar! dudar! sufrir!
esta es la soberana dignidad de vivir!

(¹) El gran poeta chileno Ml. Magallanes Moure.—*N. del E.*

Tiembla sobre los cielos el místico lucero;
y al ir desvaneciéndose en la noche el sendero,
como una sombra única, diminuta y extraña,
el Poeta y el Perro descienden la montaña.

Aniversario

Aniversario! ¡Aniversario!
Eternidad sobre el osario!
Resurrección! ¡Resurrección!
Suenan campanas en mi corazón...

¿Qué saben de la flor?...
Alegró un día y se extinguió en dolor.
Qué lejos está el día!
Y me perfuma el alma todavía!

Pero tú, sí, lo sabes
—primavera que llega, mañana que despierta—
¿No has oído las aves
que cantan en mi huerta?

Llueve, y en cada gota,
sobre un dolor tiembla una primavera...
El mismo beso que fecunda, agota.
Y así es la vida entera...

Pasar la vida entera en esperar,
y tener un minuto para amar.
Toda la eternidad de la emoción:
Así es mi corazón,
Mi corazón!
Tiene la eternidad: tú se la diste!
—Alegría inefable de ser triste—
Suenan campanas de Resurrección...

La luna entre los árboles

La luna entre los árboles
(Un día apareciste en mi camino)
cierne su luz de nieve.
(Cuando tus ojos me miraban, era
como si amaneciera).
Mi corazón siente la luna, y llora.
Llora la brisa entre estas hojas mustias
(¡Quien dirá las angustias
que se adueñaron de mi corazón!)

La luna tiembla ahora
en la desolación de la laguna.
(¿Qué pupilas recogen la emoción
de tus ojos profundos?)
Hace frío!
¿Cae del cielo, o sube del jardín?...
Todo el mundo fué mío:
pero, ¿qué sombra me borró el camino?

***

La luna entre los árboles se esconde,
(un día hicimos juntos la jornada)
Me clavan como dardos las estrellas.
(¿Sobre qué labios cantarán tus besos?
Eras bella!
Mañana,
no te podré olvidar!)
La fuente mana
junto a un rosal: el agua es perfumada.
(¿Es que has vuelto a pasar? Siento tu aliento).
Oigo caer las rosas deshojadas.
Un día hicimos juntos el camino.
La luna se murió!
—Ya todo es nada!

El Senado y los marinos

En el curso de la discusión del presupuesto naval en el Senado de los Estados Unidos, en la sesión del 22 de febrero, el senador Dill, demócrata, de Washington, propuso una enmienda en estos términos:

«A condición de que ninguna parte de esta asignación sea usada para mantener marinos en Nicaragua, o transportar marinos de Nicaragua o para Nicaragua, salvo en casos de emergencia que ocurran en lo sucesivo y amenacen la vida y la propiedad de ciudadanos americanos.»

El Senado aprobó esta enmienda al presupuesto naval por 38 votos contra 30. La enmienda originalmente no incluía la parte final referente a emergencias, sino que esta parte final fué una modificación a la enmienda introducida por el senador Bratton, de Nuevo México. Una coalición de diez republicanos, casi todos de los llamados progresistas o insurgentes del Senado, y demócratas en número de veintiocho, hizo posible el triunfo de la enmienda. Veinticuatro senadores republicanos y seis demócratas votaron contra ella.

La sorpresa había sido factor decisivo en este resultado. Las llamadas fuerzas de la administración no estaban prevenidas. Muchos de los senadores del gobierno habían estado ausentes. Las influencias y los intereses no habían tenido oportunidad de entrar en juego. La Casa Blanca y el Departamento de Estado no habían sido consultados. El senador Hale, Presidente del Comité de Asuntos Navales, comprendiendo la situación, forzó un receso del Senado y demandó el derecho de someter de nuevo a votación la enmienda al día siguiente.

Otra votación se efectuó en consecuencia el 23, y la enmienda fué derrotada, sin sorpresa de nadie, pues la derrota realizaba todas las predicciones. El voto de revocación fué de 48 contra 32, y representaba el triunfo de los esfuerzos de la Casa Blanca y el Departamento de Estado ya apercibidos, contra la proposición del senador Dill. El Presidente y el Secretario de Estado, sorprendidos y alarmados con este inesperado y repentino golpe a su política en la república centroamericana, no perdieron momento en ponerse en acción para organizar y asegurar la reacción contra la enmienda en el Senado. Once senadores republicanos, de «las fuerzas de la administración,» ausentes el 22, estuvieron presentes el 23. Senadores republicanos que habían votado por la enmienda el día anterior, votaron contra ella el día siguiente. Cinco demócratas hicieron lo mismo. Otros demócratas, que habían estado ausentes, estuvieron ahora presentes para votar contra la enmienda. La reacción fué completa y decisiva. Sólo ocho republicanos, todos progresistas o insurgentes, votaron por la enmienda la segunda vez. Votaron con ellos veinticuatro demócratas. El voto final contra la enmienda lo integraron treinta y cuatro republicanos y catorce demócratas.

«La presión de la administración fué responsable por la derrota de la enmienda», informaban los despachos de Washington. «Antes de que el Senado se reuniera circuló la voz de que tanto el Presidente Coolidge como el Secretario Kellogg estaban grandemente excitados y dispuestos a hacer cuanto pudieran por derrotarla. Aun se dijo que el Presidente se había comunicado con los líderes en el

propósito de hacer fracasar la enmienda.»

La enmienda sin embargo era inocente, a nuestro juicio, inofensiva, admirablemente concebida, en la forma final que le dió la modificación del senador Bratton, para destruir sus propios fines y justificar la política de intervención e invasión militar de Nicaragua que ha caracterizado la administración del Presidente Coolidge como caracterizó la administración del Presidente Taft.

El argumento fundamental del Presidente Coolidge ha sido y es que los marinos están en Nicaragua para proteger la vida y la propiedad de los americanos en las emergencias porque ha atravesado aquella república en los últimos dos años. El designio original de la enmienda era compeler la retirada de los marinos de Nicaragua antes del primero de julio, 1929, pues después de ésta fecha no habría habido dinero ni para mantenerlos allí ni para trasladarlos a los Estados Unidos. Pero si a la prohibición del uso de los fondos destinados a los gastos navales para el mantenimiento y movilización de los marinos de Nicaragua después del primero de julio, se hace la excepción de los casos de emergencia en que puedan peligrar la vida y la propiedad de los ciudadanos de los Estados Unidos, es obvio que la política de permanencia indefinida de los marinos en Nicaragua no sufría necesariamente con la enmienda contratiempo alguno, pues el Presidente es el solo árbitro en la cuestión de emergencia y de peligro para los ciudadanos de los Estados Unidos, y le bastaría declarar que el estado de emergencia y de peligro persiste en Nicaragua para conservar allí legalmente a los marinos y anular la intención de la prohibición incorporada en la ley de presupuesto naval. El pretexto podría ser, por ejemplo, Sandino.

La enmienda era inocente. Era de doble efecto, sólo en teoría. Servía para ambos fines, prohibir y no prohibir, en teoría. En realidad y en verdad no habría tenido sino un efecto y un fin, la permanencia de los marinos en Nicaragua, bajo la excepción de la emergencia y el peligro, para los americanos, que ha sido justamente el argumento que el Presidente Coolidge ha creído inexpugnable para escudar su política de ocupación militar de Nicaragua e intervención en los asuntos internos de aquel país.

Que una resolución semejante sea todo lo que el Senado pueda hacer o se le ocurra hacer para contrariar la escandalosa y criminal política del Presidente en Nicaragua; y que el Presidente no tolere siquiera un obstáculo tan ambiguo y tan acomodadizo en el camino de su política en Nicaragua, hasta el punto de causarle grande agitación y alarma y moverlo a empeñar todas sus fuerzas para evitarlo, son hechos que contienen la más reveladora luz para la comprensión de la verdadera situación respecto a la política presidencial imperialista de los Estados Unidos en la América Latina.

En 1928 esta misma cuestión fué discutida en el Senado. Se trató entonces como ahora de negar al Presidente recursos pecuniarios para la mantención de los marinos en Nicaragua. Pero la situación era muy diferente y la condición que hacía diferente la situación fué decisiva en favor de la política del Presidente. Los marinos estaban entonces en Nicaragua, según la versión oficial de Washington, para garantizar la libertad de las elecciones generales, en virtud de un compromiso con las dos facciones en lucha, la que Washington sostenía en el poder, y la que Washington había desarmado y disuelto con su ultimatum de mayo de 1928. Este compromiso era sagrado. Había que cumplirlo a todo trance. El *honor* de los Estados Unidos estaba en él solemnemente empeñado. Sólo los marinos podían garantizar la libertad eleccionaria. La política toda del Presidente dependía de eso. Las elecciones libres serían su justificación y su triunfo. Podría decir entonces que había dado a Nicaragua la paz y un gobierno legal. El Senado votó contra la resolución que negaba los fondos al Presidente para los marinos del imperialismo.

Pero esta misión de los marinos fué cumplida hace ya tiempo. Se hicieron las elecciones bajo su custodia; se estableció y está andando el gobierno nacido de ellos; hay paz, fuera de las selvas de Sandino; y sin embargo, los marinos continúan en Nicaragua. El Presidente no tenía ahora ninguna explicación que dar, ninguna misión que atribuir a los marinos. Sus portavoces en el Senado nada tuvieron que decir a este respecto, ni nada que contestar a los que alegaron que la presencia de los marinos en Nicaragua no tenía ya ningún objeto conocido que pudiera explicarla. El Senador Bingham, republicano, de Connecticut, declaró en el debate final de la enmienda del Senador Dill, que el Presidente elegido bajo el regimen de los marinos, Moncada, había pedido la retención de los marinos en Nicaragua por un tiempo. Pero esto no está averiguado, y el senador no descubrió la fuente de información en que se fundaba para hacer esta afirmación. Fuera del Senado, el Secretario Kellogg dijo a los que de él inquirieron la razón de la permanencia de los marinos en Nicaragua, que estaban allí para instruir a la guardia nacional, lo cual es simplemente ridículo y sólo prueba que el objeto de la permanencia de los marinos en Nicaragua es inconfesable por parte del Gobierno de los Estados Unidos. El Senado, sin embargo, este año como el año pasado, sostuvo con su voto contra la resolución que negaba los fondos para los marinos después de una fecha determinada, la política del Presidente en Nicaragua, expresada en la ocupación militar indefinida de aquel país y la intervención en sus asuntos internos

El canal es la clave del secreto. Nicaragua es prisionera del interés del canal y ha sido y es y continuará siendo sacrificada a este interés, como fué sacrificada Colombia, como ha sido sacrificado todo Centro América en el Tratado Bryan-Chamorro. En seguida del voto de confianza del Senado en la política del Presidente en Nicaragua, pues a esto equivale la decisión contra la enmienda del senador Dill, el Senado aprobó una resolución presentada por el Senador Edge, republicano, de New Jersey, disponiendo el estudio de la propuesta vía interoceánica por Nicaragua y destinando a este efecto la suma de $ 150.000. La resolución ordena además la investigación de las posibilidades de ensanchamiento del Canal de Panamá «o cualquier otra vía practicable entre el Atlántico y el Pacífico». Se autoriza por la resolución al Presidente para entrar en negociaciones con la mira de un convenio sobre los detalles de los términos

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscrición y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Vienen	₡ 883.50
Marcelino Canales	5.00
Escuela de Cultura Popular de San José	39.05
Ester Alfaro	20.00
	₡ 947.55

bajo los cuales el canal pueda ser construido, operado y mantenido por los Estados Unidos.

En la misma sesión del 23 en que el Senado reversó su voto sobre la enmienda del Senador Dill, una proposición del Senador King, de Utah, disponiendo la evacuación de Haití por los marinos, fué igualmente derrotada.

Fué un día de triunfo para el imperialismo en el Senado de los Estados Unidos.

Son palacios del imperialismo lo mismo la Casa Blanca que el Capitolio.

Jacinto López

New York, marzo, 1929.

Estampas

Esta cundiendo la idea de tener del progreso un concepto semejante al que de la comodidad tiene el hijo de madre liviana. Es necesario disfrutar de un beneficio y cualquiera que sea la fuente que lo proporcione debe tener franqueadas todas las entradas. Lo primordial para el hijo encanallado es que a la telaraña extendida por la madre no falten las presas que le hacen blanda la vida. Para el ciudadano irreflexivo y apresurado, el progreso no tiene origen. Los paises deben aprovecharse de él, venga de donde viniere. Es tan grande la transformación material que un país experimenta cuando lo impulsa el capital venido de afuera, que pedir austeridad y visión para dejarlo anidarse, es nada más que negación del progreso. Porque para ese tipo de ciudadano el progreso es que no haya reserva alguna de tierras, es entregarlas a perpetuidad para que las sometan a la explotación caprichosa que se quiera; es emprender en obras de fomento de dudoso resultado y traer para ellas el empréstito de afuera garantizado en forma usuraria y peligrosa; es otorgar concesiones que entrañan monopolios formidables; es, en una palabra, matarle al país sus capacidades de propio desarrollo. El sésamo encantado no lo posee sino el capital acumulado en las bóvedas extranjeras. Y como el capital no emigra como inofensivo turista, sino como recio conquistador, precisa que la patria lo reciba en lecho propicio a la convicción de que ha de anegar en bienes a sus hijos. Y así, hoy el lecho lo ocupa un protector de plata, mañana uno de oro, al día siguiente uno de oro y plata, siempre un protector en concubinato. Al final de esa larga carrera no queda nada de la patria, porque con el abrazo se va el decoro y el patrimonio que la constituyen.

Pero, lo repetimos, oponerse a esa concepción abyecta del progreso, es ofuscación, cuando no mala fe; es fomentar la sombría pasión del odio. Allá en la India hay un hombre que opone su vida a ese progreso y ha levantado contra sí y contra su pueblo la opresión sangrienta de Inglaterra. Es Gandi, el hindú de la resistencia pasiva. Está catalogado entre los oscurecidos por el odio. Así lo afirman los del progreso fácil, cuando pretenden ahogar los espíritus que en un país claman porque se mantenga inviolado el decoro, sin el cual no hay soberanía ni libertad posibles. Más lo cierto es que Gandi ofrece el ejemplo más digno para estos pueblos amenazados por la plaga de los apóstoles del progreso. Al inducir a los habitantes de la India a exigir su autonomía para su patria, afronta responsabilidades trascendentales. Esta circunstancia revela ya en él una visión justa de lo que la India requiere para vivir una vida limpia del látigo extranjero. Hombre de valor, hombre de probidad es la revelación que nos hace la conducta de Gandi. Mientras el inglés dé a la India trato de colonia, todo el progreso que a ella lleve será nada más que azote para el hindú. Esa merced del conquistador, recibida siendo el hindú vasallo, es esclavitud. Que den hombres y reciban hombres. Que den con la mano extendida a la altura del corazón y se reciba de pie. Que las jerarquías humanas sirvan para ayudar a los hombres a crecer, no para atolondrarlos y servirse de ellos como bestias. Esto es lo que Gandi quiere para su India sojuzgada ahora por Inglaterra.

Por eso la conducta de Gandi es ejemplar y los que estamos atenta a ella, desde estos pueblos en trance de convertirse en Indias esclavizadas, la ponemos a vibrar ante el peligro que acecha. Clamamos contra los que a todo trance quieren progreso fomentado desde afuera para recoger siempre doblada la paga. Queremos que nuestros hombres afronten una responsabilidad suscitando problemas vitales. Que no se engañen, por el contrario, llamando odio a la defensa de los intereses de un país. ¿Cómo predicando sumisión, que no otra cosa es lo que entienden por amor, va un pueblo a redimirse del vasallaje extranjero que está al desbordarse como las aguas incontenibles del Mississipi?

El ejemplo de la India de Gandi nos alienta a pedir que se contengan las invasiones de capital extranjero a base de concesiones, de entrega de tierras, de monopolios. El capital del Norte anda suelto por el mundo en exploraciones. Cuando de pronto irrumpe en un país es porque está plenamente seguro de que acaparando energía eléctrica, obteniendo concesiones aéreas, apropiándose de regiones enteras de tierras, contratando empréstitos, y hasta haciendo campañas sanitarias, dominará y someterá al vasallaje a ese país. Es mentira que llega atraído por la buena estrella de un país. Esta prédica la hace el criollo a quien le corre sueldo o porcentaje del extranjero. Si llega es a invertir tanto dinero y recoger tanto interés y tanta subyugación por los siglos de los siglos.

Cetrero, codicioso y tenaz es el asistente del Director General de Correos de los Estados Unidos, encargado del correo aéreo. Concibe a su nación dueña de rutas aéreas de un servicio postal universal. La que Lindbergh inauguró no hace mucho, Miami-Panamá, incluyendo a Costa Rica, es apenas un pequeño avance de los planes de su dependencia. Y la Pan-American Airways es un agente de esta nueva expansión de dominio. Con el Departamento de Correos norteamericano tiene celebrado un contrato para que sea ese Departamento el que controle las rutas aéreas de todos estos países panamericanizados. Así lo afirma el cetrero W. Irving Gloverg.

Nos preguntamos: ¿hay urgencia de implantar en Costa Rica ese progreso del correo aéreo? ¿Si la hay, el contrato que se ha celebrado con la Pan-American Airways no entraña el grave peligro de ser un monopolio a favor del Departamento de Correos norteamericano?

Conviene pensar en esto ahora que han anunciado que el Congreso conocerá de ese contrato. Pero que en verdad se piense, sin adormecer el entendimiento para no ver los peligros y si revestir de innúmeras bondades la contratación. Investíguese por qué esa misma Pan-American Airways vió fracasar ruidosamente los contratos que quiso imponer a Honduras y a Nicaragua. Dígase si es conveniente que el país entregue sus rutas aéreas a una compañía nacida de las entrañas del Departamento de Correos norteamericano. Dígase también si en los comienzos de la aviación es prudente, y de estadistas, que se ate al país a una concesión que no lo hará disfrutar del menor bien, que sí le quitará, en cambio sus defensas y cerrará el camino para un servicio futuro, que no imponga monopolio, que pida nada más que la protección de nuestras leyes para trabajar. Medítese bien en lo que es la Pan-American Airways y compáresela con la United Fruit Company. Esta comparación es de urgencia hacerla, pues mucho tienen de común los brazos de esa hidra. Que las estridencias de las hélices de la Pan-American Airways no nos vuelvan sordos, como han vuelto a los atolondrados que tratan de clavarla en nuestro suelo. Tengamos visión. Estamos en 1929. Grabemos esto en nuestra mente, para que al cabo de una década no tengamos que sentir la opresión brutal de una compañía extranjera que ahora podemos matar no otorgándole la concesión que pide.

Juan del Camino

Cartago y mayo del 29.

Imprenta Alsina (Sauter Arias, & Có.) San José, Costa Rica